

Selección



ADA CORETTI

LA MUERTE TIENE OJOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

387 — Aliento de ultratumba, *Lou Carrigan*.
388 — La reencarnación de Carol Merrill, *Adam Surray*.
389 — Diario escrito en la tumba, *Clark Carrados*.
390 — Cazadores de fantasmas, *Joseph Berna*.
391 — ¡Morded, vampiros, morded!, *Joseph Berna*.

ADA CORETTI

LA MUERTE TIENE OJOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 392
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 19.945 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

1 de agosto

A aquel jovencito le gustaba pescar en el riachuelo, y solía acudir allí, a su florida orilla, todos los días festivos. Tenía que ir a través del bosque, pero se sabía de memoria el camino y en menos de media hora lo cruzaba, o en poco más tiempo, pues en realidad no había mucho desde Macksontton, la pequeña localidad en la que vivía, y aquel riachuelo cantarín a ratos, murmurador a otros, manso y callado en el resto de su trayectoria.

Aquel día, creyó que iba a ser un día como cualquier otro. Lo creyó, por lo menos, hasta que vio «aquello» que salía de la tierra. Era redondo. De lejos, o de tener poca vista, le hubiera parecido, quizá, una pelota.

¡Pero se trataba de una cabeza humana...!

Horrorizado, el jovencito dio un paso atrás. Jamás en su vida había pasado por unos instantes tan pavorosos, tan alucinantes.

Transcurridos los primeros segundos, se rehízo y avanzó.

Su espanto fue aún mayor, si ello cabe, al reconocer aquella cabeza. Pertenecía a Bárbara, una muchacha muy bonita con la que él había bailado en más de una ocasión.

La encontró con los ojos totalmente abiertos y la boca enteramente desencajada. El más estremecedor horror estaba reflejado en sus ojos y el más espantoso terror se hallaba impreso en su boca.

Debía hacer poco, muy poco, que acababa de dar su último suspiro. Aún estaba caliente aquel rostro, aquella cabeza, que no había sido separada de su correspondiente cuerpo.

Esto pudo comprobarse después. Cuando el jovencito avisó a la policía y ésta se personó en el lugar del hecho.

Bárbara había sido enterrada allí, con las manos atadas con una cuerda a la espalda. Los tobillos, asimismo, sujetos. Para que, evidentemente, no le fuera dado intentar una escapatoria.

Dedujeron que debía hacer varios días que permanecía allí, cubierta de tierra hasta el cuello, gritando a la desesperada, a lo loco, pidiendo vanamente socorro, y que luego, muerta; de hambre y devorada por la sed, ya sin fuerzas para nada, habría ido agonizando poco a poco. Sufriendo aquella espantosa muerte minuto a minuto, hasta que, piadosamente, llegó el último estertor.

¿Quién había sido el asesino...?

No se supo.

Sólo se supo que la semana antes, Eggar Sanders la había pedido en matrimonio y que la muchacha, alegando que era aún muy joven, se había negado a sus pretensiones.

5 de setiembre

Le gustaba cazar.

No mucho podía cazarse en aquel bosque, pero solía ir de vez en cuando intentando dar con alguna pieza que valiera la pena. Su esposa refunfuñaba, pero el viejo le dejaba decir y se marchaba de su casa tan campante con la escopeta colgada del hombro.

Aquel día, que por cierto había amanecido con un sol espléndido, presumía que iba a ser bueno. Sí, seguro que regresaría con el morral hasta los topes. Se sentía optimista.

Pero de pronto, el viejo quedó inmovilizado. Igual que si sus pies se le hubieran clavado en la tierra.

En cuanto a su rostro, expresó todo el espanto que es posible imaginar. Todo el horror del mundo.

Acababa de ver, colgada de la rama de un árbol, a Linda, una muchacha morena, alta, espigada, la hija del dueño del supermercado. Colgada de pies, cabeza abajo. Las manos se las habían atado a la espalda con una cuerda.

Estaba muerta. Por lo menos desde hacía cuatro o cinco días, tal vez más. Toda ella se estaba descomponiendo por momentos, y su cuerpo emanaba un olor realmente nauseabundo, que quieras que no obligaba a taparse las narices con un pañuelo.

¿Quién había sido el asesino...?

No se supo.

Sólo se supo que, no hacía mucho, Eggar Sanders quiso casarse con ella. La muchacha se le rió sin miramientos y le dijo que no, que aún no se había vuelto loca.

2 de octubre

La maestra llevaba a sus pequeños alumnos a través del bosque. Les había prometido una bonita excursión y aquel día, en el que aún no refrescaba demasiado, le pareció idóneo para llevar a cabo lo dicho.

Iban a merendar de un momento a otro. Así que encontraran un lugar donde el suelo estuviera cubierto de hierba.

Los niños reían. La maestra disfrutaba con su infantil felicidad. ¡Qué pura y candorosa resultaba su inocencia!

De súbito, maestra y niños se quedaron inmovilizados. Igual que si el poder del diablo les hubiera convertido en seres totalmente inanimados.

Atada a un árbol estaba Rosalie, la chica más rica de Macksontton. Fuertemente atada desde los hombros hasta los pies con una cuerda que la inmovilizaba por completo.

¡Y tanto que la inmovilizaba!

Estaba muerta. No había podido escapar de allí. No había podido huir de aquella muerte tan espantosa. Sin duda habría gritado hasta desgañitarse, hasta enronquecer, pero todo había resultado en vano.

La encontraron con los cabellos caídos sobre la cara. Los ojos abiertos. La boca crispada, torcida, en un gesto de infinito horror.

¿Quién había sido el asesino...?

No se supo.

Sólo se supo que Eggar Sanders le había pedido que se casara con él, y que la respuesta de ella había sido una rotunda negativa.

CAPITULO II

Eggar Sanders fue un chico normal hasta los catorce años. Nada le diferenciaba de los demás. Pero a esa edad sufrió un lamentable accidente en la serrería propiedad de su padre y perdió la mano izquierda. Le quedó amputada en brevísimos instantes.

A partir de entonces, todo fue diferente, distinto, para aquel chiquillo que empezó a odiar a todo el mundo. A veces incluso parecía odiar a sus propios padres. No, no se resignaba a que le faltara la mano.

Hasta que fueron a Londres y le pusieron una postiza, de aluminio. Entonces, cubriéndosela con un guante oscuro, todo dio la impresión de ser normal.

Eggar Sanders volvió a sonreír. Ya se atrevió, de nuevo, a hablar con las chicas. Hasta entonces, desde el día del accidente, de eso hacía más de diez años, había permanecido encerrado en un mutismo casi absoluto.

Fue no mucho después, cuando una noche, durante la cena, dijo a su madre —a su padre le había perdido un año atrás:

—Pienso casarme con la chica más guapa de Macksontton...

Su madre parpadeó un poco. Le había sorprendido oír aquello. No porque Eggar careciera de la mano izquierda, no debido ciertamente a aquel defecto físico, pero era demasiado alto y gordo, apenas tenía cuello y sus rasgos no eran nada favorecidos. No podía verdaderamente gustar a las mujeres.

—¿Y quién es la chica más guapa...? —le preguntó su madre, más que nada por decir algo, por no permanecer callada;

—Hay varias —respondió Eggar Sanders—: Bárbara, Linda, Rosalie... Y también Vivien y Maureen...

Pocos meses después, las tres primeras habían muerto asesinadas, y su madre empezó a asustarse, y tanto, y de tal modo, que a menudo miraba a su hijo como si temiera que éste hubiera perdido la razón.

Pero sólo se trataba de un temor oculto que anidaba dentro de su corazón. Un temor del que, por descontado, no quería que se percatara nadie.

No obstante, a la buena mujer le daba la dolorosa sensación de que sus sospechas, sus terribles sospechas, las tenían todos sus vecinos, todos los habitantes de Macksontton. Aunque nadie, nunca, jamás, se hubiera permitido con ella la menor alusión.

Bien mirado, ¿por qué había de ser su hijo el asesino de aquellas pobres muchachas? La imaginación juega a veces muy malas pasadas, y es lo que debía estar sucediéndole a ella. Sólo eso.

El asesino sería otro. Cualquier otro, sin duda un psicópata, un maníaco sexual. Cualquiera menos su hijo, que lo cierto es que se comportaba de una forma enteramente normal. Sólo que, a veces, cuando se hablaba de esas muchachas muertas, a su madre le parecía ver brotar unas chispitas malévolas, demoníacas, del fondo de sus ojos.

Eggar Sanders no podía evitar que esas chispitas delatoras asomaran a sus pupilas. ¡Le regocijaba tanto saber que las muchachas habían muerto, y muerto de la forma que él había querido! ¡Haciéndolas sufrir indeciblemente!

Sí, ellas le habían despreciado. Porque le faltaba una mano. Porque no podía olvidarlo por más que, con el guante puesto sobre la mano de aluminio perfectamente modulada, todo diera la sensación de ser normal.

Y él, Eggar Sanders, no estaba dispuesto a consentir que ninguna se burlara de él, que ninguna se le guaseara. Por eso mató a Bárbara, a Linda y a Rosalie. Las tres le habían dicho que no...

Sólo acabando con sus vidas, había podido recobrar la tranquilidad, respirar hondo, desprenderse de ese hondo resquemor que le arañaba por dentro. De un modo tan dañino, tan incisivo, que ciertamente se hacía insoportable.

Pensó por aquel entonces, que con Vivien le podía ir mejor. Tenía que intentarlo. Era una muchacha muy bonita, aunque no tanto como su hermana pequeña. Pero ésta era demasiado joven, apenas cumplidos los quince años, así que se decidió por Vivien. Contaba ya veintitrés años y era buena y hacendosa. Podía resultar una excelente esposa para él. Lo único que no terminaba de gustarle, era la personalidad de su padre, Paul Malloy. Este era un hombre de carácter duro, fuerte, inflexible, que según decía y repetía quería lo mejor del mundo para sus hijas.

Posiblemente, pues, no creería que él fuese lo mejor para su hija Vivien. Aunque él, Eggar Sanders, tenía en propiedad una serrería, no le faltaba trabajo y había conseguido ahorrar una aceptable cantidad de dinero.

De todos modos, pensó, si conseguía que Vivien le dijera que sí, que estaba dispuesta a casarse con él, ¿qué importancia podría tener entonces lo que opinara su padre? Terminaría cediendo.

Pero Vivien le dijo que no...

Y Eggar Sanders se propuso matarla. Como a las demás. O de forma parecida. ¡Pero matarla...! Ya no viviría tranquilo mientras ella alentara.

Necesitaba que el corazón de ella se detuviera, para que el suyo siguiera latiendo a su debido ritmo. Era una exigencia tan psicológica como física. Otra cosa, verdaderamente, la hubiera juzgado intolerable e inadmisible.

Pero en ese caso concreto, había un grave impedimento por delante. El padre de Vivien, Paul Malloy, no se separaba de la muchacha, la vigilaba constantemente. ¿Acaso temía que pudiera ser la nueva víctima de aquel desalmado...? Posiblemente sí, puesto que de otro modo no tendría razón de ser una custodia tan estrecha, tan persistente.

Así pues, Eggar Sanders se vio obligado a ir postergando su pretensión, que era lo único que podía devolverle la calma, el sosiego. Lo único, porque mientras Vivien siguiera respirando el rencor no le dejaría vivir a él. Su existencia sería un auténtico tormento mientras la ofensa no quedara debidamente zanjada.

Sin embargo, se enteró de la noticia aquella mañana, casualmente...

Y entonces supo ya, sin lugar a dudas, que el ansiado momento iba a llegar.

Se enteró de que a Paul Malloy le había dado un ataque de apoplejía. No era el primero que sufría, ya que meses atrás había padecido dos más, pero en esta ocasión la cosa había sido más importante. Había quedado enteramente paralítico.

Pocos días después, Eggar Sanders acudió a aquella casa interesándose por la salud del enfermo. Tras su apariencia de manso cordero, escondía las garras de una fiera, de la bestia que deseaba acabar implacablemente con su víctima.

Entonces se enteró de la auténtica gravedad de aquel nuevo ataque de apoplejía. Paul Malloy se hallaba en un sillón de ruedas, sin poder mover brazos ni piernas, sin poder hablar, sin poder hacer ni decir nada. Había que levantarle del lecho, había que asearle y vestirle, había que darle la comida a la boca.

Sólo existía vida en sus ojos. En aquellos ojos negros, intensamente negros, que clavaba con fijeza en donde sea que mirara. Unos ojos en donde daba la sensación de arder un extraño fuego.

Vivien, toda bondad, se había convertido en su dulce y cariñosa enfermera. No le desatendía un momento. Estaba constantemente pendiente de él, y lo cierto es que parecía leer en su mirada,

—¿Tienes sed...? —le preguntaba a veces.

Y sí, siempre que le acercaba el vaso a los labios, el viejo bebía con ansiedad.

—¿Quieres un cigarrillo, papá?

Y cuando se lo ponía entre sus temblorosos labios, el viejo aspiraba el humo con deleite, con fruición, y miraba con emocionado embeleso a su hija.

A ésta no le pesaba la dura tarea que tenía por delante. La llevaba a cabo con serenidad, con calma, sin que nunca le faltara la paciencia, ni tampoco una dulce sonrisa en los labios. Casi hubiera podido decirse que se sentía feliz.

—Tú sigue estudiando —le dijo a su hermana pequeña, que era una auténtica preciosidad y se llamaba Kim—. Eres todavía una chiquilla y debes completar tus estudios. Yo me basto para atender debidamente a nuestro padre.

Esta era la situación. Y Eggar Sanders supo ya, por descontado, que su oportunidad se estaba acercando a pasos acelerados, agigantados.

—¿Puedo hacer algo por ti, Vivien? —Le preguntó a la muchacha—. Si me es dado ayudarte en algo, ya sabes que me tienes a tu disposición para lo que sea.

—Gracias, Eggar —contestó ella—. Te lo agradezco mucho.

—Y créeme, Vivien, no te guardo el menor rencor por lo del otro día. Me refiero a cuando te pedí que te casaras conmi...

Dejó la frase así, sin concluir, pues vio clavados, incrustados en él los ojos del paralítico. Incrustados y clavados de una forma tan punzante, tan aguda,

que se quedó con la boca llena de saliva.

—Discúlpame por aquello —dijo la muchacha, violenta—. Quizá me faltó tacto...

—No hay por qué hablar más de ello —repuso él—. Buenas noches, señor Malloy. Buenas noches, Vivien. —Y ya en la puerta, mientras le extendía la mano a la muchacha en señal de despedida—: Otro día vendré a visitaros. Adiós.

* * *

Ese otro día no tardó en presentarse.

Así que Eggar Sanders se enteró, de manera fidedigna, cómo se llevaban a cabo las entradas y las salidas de los componentes de aquella casa.

Aquella casa a la que se refería, era, claro está, la de Paul Malloy, que seguía enteramente paralítico y sin la menor esperanza de mejorar. Lo único que podía esperar era un nuevo ataque, que sin duda sería ya el último.

Para sus planes, a Eggar Sanders le interesaba saber cuándo Kim, la hija menor, estaba ausente. Puesto que estudiaba no era muy difícil adivinarlo. De todos modos, quería ir sobre seguro y no se conformaba con meras suposiciones.

Desde luego, le favorecía el hecho de que la casa no se hallara situada en la misma localidad de Macksontton, sino en las afueras, bastante en las fueras. De este modo los gritos no serían oídos. Todo resultaría, pues, mucho más sencillo para él.

Llamó a la puerta a eso de las seis menos cuarto de la tarde, cuando a Kim, la hermosa pequeña, aún debía faltarle unos quince minutos para dejar el colegio. Y cuando, por ser ya puro invierno, la oscuridad empezaba a diluir las formas y los contornos de los alrededores.

Le abrió Vivien.

—Hola, Eggar —saludó sin el menor temor.

—¿Puedo pasar...? —pidió permiso como un muchacho bien educado—. Me gustaría saludar a tu padre. ¿Qué tal está?

—Pasa, Eggar. Muy agradecida por tu interés. Aquí tienes a Eggar, papá —añadió, dirigiéndose a su progenitor—. Viene a verte.

Los ojos negros de aquel hombre lanzaron una mirada violenta, agresiva. Una mirada que decía a su hija bien a las claras que no tenía que haber abierto la puerta a aquel hombre.

Vivien se desconcertó ante la fuerza y la impotente agresividad de aquella expresión, pero disimuló lo posible. Creyó que su padre estaría nervioso por algo y que se la cargaba injustamente el recién llegado.

—¿Qué tal se encuentra, señor Malloy? —preguntó Eggar Sanders.

El aludido estaba en la única pieza amplia que tenía aquella casa de planta baja. Una estancia que era, a la vez, comedor y sala de estar. Se hallaba ante la chimenea, en la cual, alegremente, o dantescamente, no resultaba fácil

deducirlo, danzaban las llamas. Unas llamas que surgían de unas brasas de gran tamaño, que despedían evidentemente un intenso calor.

Paul Malloy le miraba fijamente, obstinadamente. Pero sólo eso. En realidad no podía hacer otra cosa.

—¿Quieres tomar algo, Eggar? —le ofreció la muchacha al visitante con una sonrisa.

—Sí, quiero tomarte a ti... —fue la respuesta seca, cortante, de quien ya no quiso tomarse la molestia de fingir lo más mínimo.

¿Por qué había de fingir, si Vivien era una presa débil e indefensa ante él, tanto más indefensa y débil puesto que su padre, incrustado en aquel sillón de ruedas, nada iba a poder hacer para ayudarla, para defenderla?

—¿Qué has dicho? —preguntó Vivien, que creía que no había entendido bien la respuesta dada por Eggar Sanders. Pero antes de que se lo repitiera, supo ya, de fijo, que sí, que había oído perfectamente. La maldad brillaba cruel, desalmada, sádica, en los ojos del joven. Y esa maldad, por desgracia, resultaba sobradamente elocuente.

—Quiero tomarte a ti. —Y agregó en esta ocasión—: A las otras las maté, simplemente las maté o, mejor dicho, las dejé de forma que sabía que iban a morir. Pero contigo me apetece algo más... Anda, acércate, monada...

Vivien retrocedió unos cuantos pasos, tan asustada que ni supo cómo acertó a moverse. Pero esos simples pasos no significaron nada, Eggar Sanders los avanzó en un instante, y de nuevo quedaron muy juntos.

—Supongo, Eggar, que has querido gastarme una broma... —tartamudeó ella—. No has debido hacerlo... Es una broma demasiado pesada...

Había mirado a su padre, tal vez buscando ese amparo, esa ayuda, que de antemano sabía que no iba a poder ofrecerle. Por descontado, aún se asustó más. En los ojos negros, intensamente negros de su padre, vio claro que todo aquello no era ninguna broma.

—Necesito vengarme de tus desaires, Vivien —murmuró Eggar Sanders —. Así quedaré satisfecho... Primero haciéndote mía, a las buenas o a las malas, y luego, luego...

No concluyó la frase, y fue la muchacha quien, castañeándole los dientes, encontró valor para preguntar:

—Y luego, ¿qué?

—Te mataré, Vivien —dijo con la voz ronca—. También maté a Bárbara, a Linda, a Rosalie... Y lo haré con todas aquellas que se nieguen a casarse conmigo porque me falta una mano...

—No fue por eso —dijo Vivien, temblando—. Pero en el corazón no se manda y...

—¡No me sueltes frases cursis! —Exclamó Eggar Sanders, cogiéndola con violencia por el brazo—. ¡Y empieza a desnudarte si no quieres que lo haga yo...!

La muchacha quiso soltarse de aquella mano, era la derecha, claro, que la sujetaba con una fuerza endemoniada, satánica. Pero su empeño resultó en

vano, tuvo que quedarse donde estaba, a su lado.

—¡Te he dicho que te desnudes! —barbotó furioso poco después, y de una furibunda sacudida le cogió la blusa por el escote y se la rasgó sin contemplaciones.

La mano derecha había dejado por un instante, pues, de sujetarla por el brazo, y ella quiso aprovechar la ocasión para huir. Inútil. Totalmente inútil. Al instante, de nuevo, la mano válida le tenía atenazada.

Luego, en un arrebato digno de una auténtica bestia, Eggar Sanders la empujó, la derrumbó sobre la alfombra y cayó sobre ella.

Poco después, le había levantado la falda y le había quitado las bragas. Le bastó y sobró una mano para dejarla a punto para satisfacer sus salvajes instintos.

Vivien gritaba. Una y otra vez. Como si esperara ser oída por alguien. O como si creyera, tal vez, que ante el desespero de esos gritos su padre reaccionaría.

Sin embargo, Paul Malloy no podía reaccionar. Estaba paralítico y sólo en sus ojos seguía habiendo vida. En esos ojos donde ahora el odio, el más acerbo de los odios, daba a su mirada estremecedoras y tenebrosas sombras.

—¿Quieres callarte de una vez, maldita muchacha...? —Y Eggar Sanders no se avenía a soportar aquellos gritos, tan fuertes, tan estridentes, que daban la sensación de querer taladrar los tímpanos—. Nadie va a oírte...

Pero no estaba seguro de ello. ¡Cómo gritaba la condenada! ¡Nunca en su vida había oído unos gritos así, tan fuertes, tan penetrantes, tan desaforados!

—¡Cállate o te haré callar yo...! —le gritó. No obstante aquella amenaza, que por su tono de terrible lo tuvo todo, Vivien no le obedeció, todo lo contrario. Acrecentó la potencia de sus gritos hasta no poder más, hasta verdaderamente desgañitarse.

Hasta tal punto, que Eggar Sanders se dijo que no podía permitir que siguiera gritando de aquella forma. Casualmente podía pasar alguien relativamente cerca de allí y eso podía comprometerle de mala manera.

Le tapó la boca con la mano de aluminio, pero no había flexibilidad en sus dedos, éstos no podían juntarse y apretarse entre sí, y los gritos seguían dejándose oír.

En el forcejeo, sobre la alfombra, habían ido a parar junto a la chimenea, y fue por eso que Eggar Sanders, de pronto, reparó en las ardientes brasas que había allí.

No necesitó pensárselo mucho. Le pareció una solución ideal. Ninguna mejor a su alcance en aquellos momentos.

Adelantó hacia el fuego su mano de aluminio, como siempre cubierta con un guante de piel oscura, y cogió una de esas brasas.

No se quemó. No pudo quemarse porque la mano era de aluminio, insensible a todos los efectos. No notó, por tanto, dolor ninguno. Sólo el guante acusó los efectos.

Ya con la brasa en la mano, con un gesto rápido, sobrecogedor,

espeluznante, vació su contenido en la boca abierta de la muchacha. En esa boca que gritaba, gritaba, y no dejaba de gritar...

Gritó una vez más cuando la brasa, que era una pura ascua, entró en el interior de su boca. Fue el grito más atroz de todos.

Pero luego, al instante, perdió el conocimiento. Ya para entonces, su lengua estaba negra, chamuscada, al igual que sus labios que se habían encogido destrozados en una mueca horrible, demencial, y también grotesca.

Eggar Sanders hizo con la muchacha lo que quiso, todo lo que le vino en gana. Encontrando un sádico placer en hacerlo en presencia de su padre.

Este no se movía. Pero le miraba, ¡y cómo le miraba! ¡Como si le estuviera condenando al infierno por los siglos de los siglos y aún le pareciera benévola la condena!

Vivien volvió en sí y entreabrió los ojos...

Y Eggar Sanders, orgulloso por lo visto de su anterior idea, volvió a alargar su mano de aluminio hacia la chimenea, hacia aquellas brasas...

Cogió otra, y esta vez la incrustó en uno de aquellos ojos que empezaban a entreabrirse. La incrustó con tanta fuerza, que allí quedó un boquete horrendo.

Seguidamente, una segunda brasa se encargó de suprimir el otro ojo.

Vivien ya no había gritado. De nuevo, por descontado, había perdido el conocimiento.

Una cuarta brasa fue a parar a la garganta de la muchacha, a su yugular, dejando allí, igual que las otras brasas, un pavoroso y horrendo agujero.

Y ya rostro, y cuello, fueron aterradoras quemaduras. Se olía a carne quemada. ¡A carne humana! Paul Malloy seguía en su sillón de ruedas. No se movía. No podía hacerlo. Estaba paralítico.

Eggar Sanders se recreó en este nuevo crimen aún más que en los otros. Mucho más. Posiblemente porque la presencia impotente de aquel anciano hacía que todo tuviera un sabor muy especial. Se recreó tanto, que daba la sensación de hallarse borracho, totalmente embriagado por aquel asombroso placer.

Poco después, se dio cuenta de que el corazón de la muchacha había dejado de latir. Hubiera deseado en realidad, que su vida se prolongara algo más. ¡Se sentía con tanto énfasis dado a los afanes de su tarea!

Pero había muerto, todo había acabado ya. La fiesta había finalizado. Sin embargo, su venganza estaba ya cumplida, y eso le hacía sentirse inmensamente feliz.

—¿Y qué hago ahora contigo, viejo...? —Preguntó seguidamente dirigiéndose a Paul Malloy—. Sabes demasiado... Se echó a reír. Aquel viejo paralitico no significaba riesgo de ningún género. Por más que quisiera delatarle, no podría hacerlo.

—Mira por donde —siguió diciendo— te salvas por estar así. De lo contrario, compréndelo, tendría que matarte a ti también. Pero, claro, resultas inofensivo, totalmente inofensivo... Siendo así, ¿a qué tomarme la molestia de perder el tiempo contigo? Además —concluyó—, me gustará venir por aquí y

horrorizarme ante los demás de lo sucedido... Seré uno más a quedarme espantado de que haya gente tan mala, capaz de acciones tan monstruosas... Y tú sólo podrás mirarme, mirarme... Como estás haciendo ahora... Resultará gracioso, de veras que sí... Adiós, viejo...

Salió de la casa. Bastante aprisa porque tampoco era cosa de que nadie pudiera sorprenderle. Su presencia por allí, a tales horas, podía ser una mala baza para él.

Pero de pronto, del modo más inesperado, pues era yal muy oscuro, tropezó con alguien.

De momento se asustó. Se asustó muchísimo. Aquello podía significar un grave riesgo.

Pero no, se tranquilizó en seguida. Se había tropezado con Fredric Ellis, el ciego de Macksontton. Un hombre que perdió la vista de pequeño y que actualmente, a los treinta y tantos, ya no tenía esperanzas de volver a recuperar la visión.

—¿Quién es...? —Preguntó el ciego, moviendo de un lado para el otro el bastón—. ¿Con quién he tropezado...?

Eggar Sanders no respondió, no dejó oír el timbre de su voz, y se alejó rápidamente de aquel hombre. Sabía que, ni entonces, ni nunca, sabría con quien había tropezado.

Llegó a su casa unos pocos minutos después. Sin novedad.

—¿Quieres que te sirva la cena, hijo? —le preguntó su madre con suave y mansa solicitud.

Su madre era una pobre mujer, delgada, bajita, con muchas arruguitas en el rostro.

—Sí —contestó Eggar Sanders, tranquilo, sereno—. Hoy vengo con mucho apetito.

CAPITULO III

Jimmy Young sabía cumplir con su trabajo, con su obligación. Esto ante todo. Era su método.

Por eso tuvo que dejar plantada a aquella rubia de formas exuberantes, limitándose a asegurarle que en otra ocasión pasarían juntos la noche. La rubia no se conformó con quedarse sola después de las ilusiones que se había hecho y protestó de mala manera.

Pero lo dicho, Jimmy Young no se rindió a aquella tentación, y antepuso su deber a todo. Otra cosa no hubiera sido correcta, ni responsable.

Por eso, instantes después, metía unas cuantas prendas en una pequeña maleta, se colocaba una cazadora de piel sobre su jersey de lana de cuello alto, y se iba hacia el coche que había conseguido aparcar relativamente cerca de su apartamento.

Antes de poner el coche en marcha, echó una ojeada al mapa. Quería saber dónde paraba la localidad de Macksontton.

Una vez sabido esto, le dio a la llave de contacto y apretó el acelerador. Quería llegar lo antes posible. Sabía por experiencia que a veces un minuto de demora puede resultar de trágicas y fatales consecuencias.

Declinaba ya la tarde y se hallaba violentamente enrojecido el cielo, cuando llegó a las primeras casas de dicha localidad. Echó un vistazo sobre ellas. Simplemente eso. De momento no tenía por qué prestarles más atención.

Siguió adelante. Se dirigió hacia el centro, hacia una de las calles principales. Al número dieciocho.

Resultó ser una casita de aspecto muy agradable, aunque sin grandes pretensiones. Tenía las persianas pintadas de color verde. Para llegar a la puerta había que subir dos peldaños.

Los subió y llamó al timbre. Ni muy largo ni muy corto. De una forma correcta, pero que no dejaba lugar a dudas sobre su interés en ser atendido.

Oyó unos pasos y a los pocos instantes la puerta se entreabría. Entonces vio a una muchacha de unos veinte años, muy guapa, con los ojos verdes. Tenía una silueta deliciosa.;

—¿La señorita Davis...? —Preguntó el visitante—. ¿Maureen Davis?

—Sí, sí —asintió ella—. ¿Es usted...?

Pero se quedó cortada, indecisa. Así que fue él quien habló de nuevo.

—Me llamo Jimmy Young. Mi agencia ha recibido su llamada y me ha comisionado a mí para atender el asunto que a usted le preocupa.

—¡Ah, es usted el detective que he solicitado! —Suspiró con alivio la muchacha al saber la identidad de quien hasta entonces era un mero desconocido—. Pase usted, pase... Me alegro mucho que haya llegado ya.

El joven se adentró en el bonito vestíbulo de la casa. El espejo del paragüero reflejó su imagen, alta, muy alta y atlética. Parecía el participante

de una olimpiada. En cuanto a sus rasgos, enérgicos y viriles, daban la sensación de ser los de un galán duro, de una de esas películas de acción donde los protagonistas son siempre héroes y donde los héroes son inevitablemente los buenos.

—Pase usted, señor Young.

Le hizo un gesto con la mano, invitándole a adentrarse en una estancia donde un mullido sofá y dos sillones a juego, con una mesita entre medio, conferían un aspecto sumamente confortable. Frente al sofá y los sillones se hallaba la televisión. Allí cerca estaba también un pequeño mueble bar.

—¿Un whisky? —ofreció la muchacha.

—Gracias —aceptó, mientras sus ojos la observaban de arriba abajo con mirada analítica.

Una mirada que demostraba saber calibrar los encantos de una mujer. Igual que si la estuviera viendo sin ropa.

—Bien, dígame de qué se trata... —Tras beber un sorbo de whisky y dejar el vaso sobre la mesita, quiso que se decidiera a hablar.

A lo que, desde luego, ella no parecía muy animada. Quizá porque ahora juzgaba un poco pueril su miedo. Pero no, de pueril no tenía nada. Desgraciadamente. Así que lo mejor que podía hacer era explicárselo todo de una vez.

Así lo hizo, pero de una forma tan nerviosa y precipitada, que la verdad es que se olvidó un sinfín de cosas. La narración quedó ciertamente a medias.

—Me ha comprendido, ¿no es cierto? —preguntó acto seguido.

—Si he de decirle la verdad —repuso Jimmy Young—, no del todo bien. Creo que sería conveniente que detalláramos un poco más...

—Lo que usted diga.

—Han muerto asesinadas cuatro muchachas en poco tiempo —concretó Jimmy Young—. Bárbara, Linda, Rosalie y últimamente Vivien... Esto lo he entendido perfectamente. Pero ¿por qué sospecha usted, señorita Davis, que Eggar Sanders sea el asesino? Que le falte una mano no creo que sea motivo suficiente para recelar de él.

—Eggar Sanders se había declarado a cada una de esas muchachas. La última de ellas, Vivien, era mi mejor amiga.

—Que esas muchachas se negaran a sus requerimientos amorosos, tampoco creo sea motivo suficiente para creer que, dominado por el despecho, haya llegado a tal extremo...

—Me hago cargo de que le parezcan exageradas mis aprensiones, pero no puedo evitarlo, estoy convencida de estar en lo cierto. Así que, compréndalo, me siento muy asustada.¡ Tanto más asustada —reconoció—, puesto que desde hace unos días Eggar Sanders me mira de una manera muy especial.

—¿Sí?

—Presiento que va a decirme que quiere casarse conmigo... Imagínese, me angustio sólo de pensarlo. ¿Cómo voy a decirle que no luego de lo que sé...?

—De lo que se imagina, para ser más exactos. No hay pruebas que le

condenen. De ser así, la policía habría procedido en consecuencia, ordenando su detención.

—No, no existen pruebas de ninguna clase —convino—. La policía no tiene nada en que basarse para llegar a su detención.

—Me alegro que lo comprenda —dijo Jimmy Young—. Así, sólo así, se pondrá a tono para hacer frente a la situación con la debida serenidad.

—Si algo me proporciona serenidad, es su presencia —aseguró—. Vivo sola, ¿sabe?, y dadas las circunstancias, este pormenor no resulta nada tranquilizante.

—Vive usted en una de las calles principales, no debe temer que le suceda como a su buena amiga Vivien. A ella no le hubiera pasado aquello, de estar situada su casa en un lugar como éste. Pero la casa, según me ha dicho, se halla en un lugar apartado, y eso debió favorecer enormemente al asesino.

—Indudablemente.

—¿Sabe lo que estoy pensando? —Inquirió Jimmy Young tras terminarse el whisky—. Sería una buena idea salir en mi coche a dar una vuelta. Aún no ha oscurecido y podría aprovechar el tiempo para enseñarme Macksontton e indicarme dónde viven sus habitantes... Me refiero a los que usted considera más o menos sospechosos en este asunto.

—Para mí sólo hay un sospechoso, Eggar Sanders, ese joven al que le falta una mano. La lleva postiza, de aluminio, siempre cubierta con un guante oscuro.

—Me refiero —especificó Jimmy Young— a donde viven quienes se han visto implicados en el asunto de manera más o menos directa. Por ejemplo —hizo constar—, dónde vive ese tal Eggar Sanders... Dónde vivían Bárbara, Linda, Rosalie... Y dónde vivía Vivien, la última víctima y su mejor amiga.

—Si cree que ello puede servirle de algo, por mí no hay el menor inconveniente.

—También me indicará dónde está el hotel. Supongo que habrá alguno, ¿no?

—No creo que merezca tal nombre, pero hay un sitio donde encontrará habitaciones disponibles.

—Estupendo. Claro que... —sonrió Jimmy Young— para mí sería más estupendo que pudiera quedarme aquí, en su casa.

Como sea que su mirada había sido harto elocuente, la respuesta de la muchacha salió rápida, disparada.

—Ni lo sueñe.

—Es una verdadera lástima. —E insistió—: No separándome de su lado, podría defenderla mejor. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Esta casa sólo tiene un dormitorio, el mío —hizo constar, queriendo que no tocara más el tema.

—No tengo nada en contra de su dormitorio —se rió un poco Jimmy Young. Y añadió—: Podríamos compartirlo. Conozco de infinidad de hombres y mujeres que comparten un solo dormitorio.

—Serán marido y mujer —irguió la cabeza.

—Le aseguro que conozco a un sinfín de parejas que de marido y mujer tienen menos que usted y yo de primos hermanos.

—No me gustan los hombres desvergonzados —dijo Maureen Davis—. Sépalo, señor Young, y no se extralimite.

—No era mi intención hacerlo. Pero como hombre de buen gusto, no puedo negarle que la idea de acostarme con usted me hubiera parecido una maravilla.

—Para maravillas de esa clase, tendrá que buscarse otra mujer menos seria que yo. —Pero, quieras que no, miraba al detective con sumo agrado.

—¿Tan seria es...?

—Lo suficiente para decir que no, un no rotundo, a un hombre como usted, por mucha planta que tenga...

—Gracias.

—No es bastante planta para mí —concluyó—. Por lo que, para zanjar debidamente este asunto, le indicaré donde está el hotel, o la posada, o como prefiera llamar a ese local

—¿Es guapa la posadera? —quiso tomárselo a broma, para ver de hacer sonreír a la muchacha.

—Es posadero —advirtió.

—No me gustan los hombres. ¿Y qué tal es la camarera...?

—¡Caramba, vaya detective que me ha enviado la agencia! —Y Maureen Davis, a pesar suyo, soltó una carcajada— Más que aclarar los crímenes de esas cuatro muchachas, parece venir a conquistar a toda la femenina localidad de Macksontton.

—No se preocupe, yo siempre antepongo la obligación a todo lo demás. Sólo que, si puedo compaginar ambas cosas, hágase cargo... Pero, bueno —terció—, volvamos a lo nuestro. ¿Damos ese paseo en coche?

—De acuerdo. —Y añadió—: Espere un momento. Voy a coger el abrigo, me parece que hace bastante frío.

—Si el abrigo le resulta insuficiente, le sugiero que se acerque a mí. Dos cuerpos juntos se transmiten el calor y...

—¿Acaso no hay calefacción en su coche?

—Sí. Pero puedo apagarla si interesa...

—No interesa.

—No hay duda, he dado con una chica encantadora, preciosa, divina, pero difícil, muy difícil de conquistar.

—De eso estará contenta su esposa. —Y Maureen Davis se moría de ganas por saber si estaba soltero.

—No tengo esposa. Y como no me gustan las ataduras, no pienso tenerla nunca.

—¡Ah!

Pero a Maureen le gustaba aquel hombre más de lo que nunca le había gustado ninguno, así que no pudo menos que decirse para sus adentros:

«Eso de que no la tendré nunca, ya lo veremos...»

* * *

Macksontton no tenía nada de especial, y aún menos de agradable. Desde luego, sí tenía algo bastante desapacible, que la niebla aparecía de madrugada y tardaba horas y horas en desaparecer. Por lo demás, volvía a surgir así que el día empezaba a dejar paso a las primeras sombras de la noche.

No era una niebla muy intensa, al menos por lo regular, pero calaba hondo, llegaba hasta los huesos, más bien hasta los mismísimos tuétanos. No resultaba de extrañar que muchos de los habitantes de la localidad se quejaran de reuma.

Las casas eran sencillas, la mayoría vulgares, pero había un par de ellas que llamaban la atención por su categoría. Una categoría que, por descontado, no parecía encajar allí de ninguna de las maneras.

—En ésa vive el señor Grey... Basil Grey, un riquísimo comerciante —le informó la muchacha al detective.

—¿Le gusta vivir aquí? —le preguntó—. Me extraña un poco, francamente. Si es tan rico como usted dice, lo lógico sería...

—Su domicilio habitual está en Londres, en su zona más elegante y distinguida. Y allí están también su esposa y sus cinco hijos. Pero viene aquí de vez en cuando. Con la excusa del exceso de trabajo, de los nervios alterados, de que necesita un poco de relax...

—¿Por qué dice con la excusa...? —preguntó.

—Porque sólo se trata de que su esposa se trague el anzuelo. Si viene aquí, no es porque necesite reposo. Viene a| estar una temporada bien acompañado, ya me comprende, ¿no?

—Sí.

—Hace ya dos años que viene con una tal Anita Duffy, una pelirroja que, según he oído comentar, corta la respiración. Una pelirroja que debe costarle un dineral.

Esta conversación la llevaban a cabo en el interior del coche. Jimmy Young junto al volante y la muchacha a su izquierda. Al otro lado del cristal de las ventanillas, niebla, mucha niebla, para no variar.

—Me interesaría conocer a Basil Grey —dijo el detective.

—¿O a Anita Duffy? —preguntó ella, maliciosa.

—No me desagradaría conocerla a ella, con franqueza —admitió—. De todos modos, ahora sólo pensaba en esas muertes, en esos crímenes.

—Si quiere llegar a la solución sin perder el tiempo en inútiles sondeos —le advirtió Maureen Davis— no quite el ojo a Eggar Sanders. Está claro, créame, el culpable es él.

—No lo pongo en duda. Pero comprenda que aunque lo fuera, esa certeza sería insuficiente, no nos llevaría prácticamente a ninguna parte. Necesitamos pruebas.

—Para encontrarlas está usted aquí, supongo...

—Supone perfectamente. A propósito, ¿a quién pertenece esa casa? La que está situada junto a esa callejuela que desemboca en el descampado... —se la indicó con un gesto.

—A Eggar Sanders —respondió la muchacha—. Precisamente a él. ¿Acaso lo ha adivinado? Si es que es perspicaz...

—No tanto. Ha sido una simple y lógica deducción. Junto a esa casa hay una serrería y usted me ha dicho que Eggar Sanders heredó de su padre...

—Sí, es cierto. El negocio le viene de su padre.

—Pues como esa casa da a la serrería... Además —agregó—, no lo he deducido simplemente por eso... Es que esa callejuela con su correspondiente descampado debe ofrecer muy buenas oportunidades para entrar y salir sin ser visto, ¿no le parece? Yendo por el descampado, las salidas y las entradas deben resultar sumamente despistadas...

—Con esto quiere decir, señor Young, que ya empieza a dar con detalles sospechosos, ¿verdad?

—No tanto. Pero no debe escapárseme nada, sería un mal detective si los pormenores me pasaran por alto.

—Sí, claro.

—Ahora dígame dónde vivían Bárbara, Linda y Rosalie... Seguidamente —concluyó— iremos a visitar a la hermana pequeña de su amiga Vivien, y a su padre, ese hombre que está totalmente paralítico, por lo que no puede moverse, ni hablar, ni nada, de ello qué le sea imposible identificar al asesino. Porque ese hombre, por todo lo que me ha contado, debió ser testigo presencial del hecho.

—Sí. Allí fue encontrado, inmóvil, en su sillón de ruedas, junto al cadáver de su hija.

—¿Y Kim, la hermana pequeña, no sospecha de nadie...? —preguntó Jimmy Young.

—No. Cuando volvió del colegio se encontró con el horrible hecho ya consumado. Es todo lo que ha podido decir.

—¿Y el señor Malloy, Paul Malloy, no indica nada con su mirada? Aunque se halle paralítico, puede que con los ojos, tal vez, dé a entender algo...

—Nadie ha sacado ninguna conclusión. Ni siquiera Kim, su hija, que está acostumbrada a tratarle.

—Oiga, señorita Davis, ¿ha hablado usted con Kim, o con cualquier otra persona, de lo que opina...? Quiero decir, que usted da por descontado que el asesino es Eggar Sanders...

—Sí, lo doy por descontado. Pero no, con nadie he hablado de mis sospechas, me hubiera parecido precipitado hacerlo. He preferido telefonear a una agencia de detectives...

—...Y esperar la llegada de uno de sus componentes —concluyó él—. Perfecto, señorita Davis. Ya verá como no la defraudaré.

—Ese es el hotel —indicó la muchacha poco después, cuando el coche

dobló el recodo de aquella calle, una, sin duda, de las mejores de Macksontton.

—Es un cuchitril —dijo. Aunque la cosa no llegaba a tanto.

—Se tendrá que conformar con eso.

—Sí, claro. Puesto que no me acepta en su casa, ¡qué remedio! Paciencia.

Maureen Davis sonrió, diciendo un poco coqueta:

—Quién sabe, si algún día me siento muerta de miedo, quizá le pida que se quede. No pierda las esperanzas.

—Le aseguro que no las pierdo.

Y demostrando que estaba lejos de sentirse desanimado, Jimmy Young detuvo el coche, se inclinó hacia la muchacha, la estrechó entre sus brazos y le robó un beso que parecía dado por un verdadero hambriento.

—Le disculpo —dijo ella, al término de la caricia—, pero sólo con una condición.

—A sus órdenes —sonrió él.

—Descubrirá al asesino. —Y añadió—: Antes de que acabe conmigo, claro.

CAPITULO IV

Durante los primeros días, Eggar Sanders había frecuentado con asiduidad la casa de su última víctima, Vivien. Encontrarse allí con su hermana Kim, llorosa y desconsolada, y tan ajena a la realidad de los hechos, le regocijaba de un modo intenso. Aunque lo que le causaba más placer, era ver el desespero, el impotente desespero de Paul Malloy, ese paralítico que hubiera dado su vida, y mil vidas si tuviera, por poder hablar y decir quién era el asesino, y que, sin embargo, quieras que no, veíase obligado a permanecer inmóvil y mudo. No podía hacer otra cosa.

A Eggar Sanders le divertía, le solazaba, le colmaba de satisfacción saberse el protagonista de aquella historia y ver que nadie podía delatarle. Kim porque no sospechaba nada. Su padre porque estaba paralítico y su enfermedad no le daba opción a nada, y el resto, amigos y vecinos, porque estaban lejos de sospechar la verdad.

Pero esa sensación de agrado, de íntima y morbosa felicidad, la sintió al principio. Sólo al principio. Después se dio cuenta de que Paul Malloy le miraba fijo, intensamente, así que entraba en la casa y que no apartaba de él su mirada basta que se marchaba. Terminó comprendiendo que la insistencia de aquella mirada, y la expresión de aquellos ojos negros, intensamente negros, podían resultar comprometedores. Entonces optó por dejar de acudir a aquella casa. Tomada esa decisión, se sintió más tranquilo, más sereno, recuperado por completo.

Pero no, la verdad es que tampoco se quedó del todo satisfecho del curso que habían tomado los acontecimiento Cierto que el paralitico no podía delatarle porque no podía hablar, ni escribir, ni hacer el menor gesto. Sin embargo había enterado de que había llegado a la localidad un detective joven y dinámico que, por lo visto, no se detenía ante nada y que estaba investigando a todo lo largo y ancho Macksontton.

Esto no le gustaba. De la policía, no excesivamente competente, nunca había tenido miedo. Pero de ese joven detective, que sin duda quería hacer méritos, sí sentía inquietud.

Sabía que había ido varias veces a visitar al paralítico, Paul Malloy, y a su hija Kim. Temía, pues, que en una esas entrevistas pudiera surgir un detalle revelador, comprometedor para él. No, ya no se sentía tan seguro.

Pero aquella mañana, así que se levantó, se enteró del o que había sucedido. La alegría que experimentó se desbordó dentro de sí mismo.

—Paul Malloy ha tenido un nuevo ataque de apoplejía. Acaba de morir.

Era la mejor noticia que podían haberle dado. Asunto concluido. Ya no tenía por qué preocuparse más.

Pensó que debía ir a la casa, que no hacerlo podía da qué decir. Se aseó un poco y se dispuso a salir.

—¿Tardarás en volver? —quiso saber su madre.

—No mucho —la respuesta fue escueta.

Ya estaba junto a la puerta de salida, cuando su madre tímida y medrosamente, le detuvo con estas palabras. Mejor dicho, con esta pregunta:

—¿Dónde tienes el otro guante...?

Eggar Sanders se quedó con la expresión crispada.

—Me refiero —dijo su madre— a que antes tenías dos pares. Ahora sólo tienes uno... No encuentro el otro...

—Lo he tirado —repuso Eggar Sanders, tras un inicio de balbuceo—. No me gustaba, era demasiado oscuro —y sin más se despidió—. Adiós. Hasta luego.

Llegó a la casa del muerto y se dirigió rectamente hacia su hija Kim. La casa se hallaba llena de gente, dando el pésame.

—Te acompaño en tu dolor, Kim. —Y luego, mirando a los que estaban cerca—: Hace unos días la muerte de la hermana y hoy su padre... ¡Pobre chiquilla!

La chiquilla decía y repetía:

—Sin duda vendrán pronto... Sin duda vendrán pronto...

Eggar Sanders no pudo adivinar a qué se refería, pero tampoco dio importancia a lo que decía, ésta es la verdad.

Sí se la dio, no obstante, al hecho de que allí estuviera Maureen Davis, esa muchacha de silueta deliciosa, de ojos verdes, que le gustaba... Tanto o más de lo que le habían gustado, a su debido tiempo, Bárbara, Linda, Rosalie e incluso la propia Vivien.

Estaba decidido a declararle sus sentimientos así que se presentara la primera ocasión. Quizá esta vez tuviera más suerte. Pero ¿quién era el joven alto, muy alto y atlético, que se hallaba a su lado?

Era el detective. Lo supo sin necesidad de que nadie se lo dijera y sin necesidad, asimismo, de que nadie se lo presentara.

Se acercó a ellos.

—¡Pobre Kim...! —Fueron sus primeras palabras—. Da lástima pensar en lo sola que se ha quedado.

—Sí, verdaderamente —asintió Maureen—. Da mucha lástima. Quisiera poder hacer algo por ella, pero desgraciadamente... ¡Ah!, permíteme, Eggar, que te presente al señor Young, Jimmy Young, detective.

—¿Detective? —se hizo el asombrado, como si hasta entonces no hubiera oído hablar o comentar nada respecto a él.

—Sí. Ha venido a descubrir al asesino de esas cuatro muchachas. —Y la mirada de Maureen quiso ver si acusaba, o no, el impacto de sus palabras.

—¿Y la policía? —Preguntó Eggar Sanders—. ¿La policía no hace nada?

—Supongo que sí —dijo el detective—, pero la señorita Davis tiene más confianza en mí.

—¿Quiere decir con esto —inquirió— que ha sido Maureen quien ha contratado sus servicios?

—Efectivamente —asintió la muchacha—. He sido yo. No quiero ser la

nueva víctima. La vida me parece algo demasiado estimable para perderla así, simplemente porque ande suelto un perturbado mental... Porque ha de estar mal de la cabeza quien hace algo semejante, ¿no crees, Eggar?

Y de nuevo la mirada de Maureen Davis se clavaba en él con insistencia abrumadora.

—Sí, opino como tú. Claro que sí.

En aquel momento hizo entrada en la casa un hombre aún relativamente joven, alto y corpulento, con la nariz chata, y con las cejas partidas por más de una cicatriz. Tenía cara de bestia. Pero de bestia alelada, puramente inofensiva.

—¿Quién es? —se interesó Jimmy Young.

—Un ex boxeador —le explicó la muchacha—. No tuvo suerte. Cuando todo le iba bien, cuando en un nuevo combate se jugaba un título de importancia, recibió un golpe desgraciado y se quedó así, medio tonto, medio idiota.

—Pobre Kim... —le oyeron murmurar en aquellos momentos, mientras estrechaba emocionado las manos de la chiquilla—. ¡Qué triste debes sentirte! Mandaré unas flores...

Las más bonitas que encuentre... No se me ocurre otra cosa que decirte...

Kim repetía:

—Tardan en llegar... Tardan... Ha de ser antes de que transcurran seis horas...

—¿A qué se refiere? —Preguntó Eggar Sanders dirigiéndose a la pareja—. Kim parece obsesionada con esto que dice y repite...

—¡Ah!, ¿no lo sabes, Eggar? —y Maureen creyó, por lo visto, que no lo sabía. Como así era, en efecto—. El señor Malloy ha donado sus ojos... Van a venir a extraérselos de un momento a otro... Para que no resulte estéril la extracción, ésta ha de ser efectuada antes de las primeras seis horas después de acaecido el óbito.

—No lo sabía —dijo Eggar Sanders.

—Ha legado sus ojos —siguió diciendo Maureen— para que sean trasplantados a Fredric Ellis. Tú ya le conoces, claro. Es el ciego de la localidad.

—Sí, claro que le conozco.

Eggar Sanders se había quedado con muy mal sabor de boca. No comprendía exactamente por qué, en realidad no tenía sentido que así fuera. Pero saber que los ojos de Paul Malloy, aquellos ojos que habían presenciado su crimen, iban a seguir viendo... Sí, se quedó con muy mal sabor de boca.

Tragó saliva. Al menos lo intentó.

—Un gesto digno de encomio —comentó.

—Un gesto digno de él —dijo a su vez Maureen—. Era una excelente persona, a la que yo apreciaba de veras.

—Comparto tu opinión, yo también le apreciaba mucho.

—Me alegro por Fredric Ellis —añadió la muchacha.

—¿Cómo es ese sujeto? —se interesó el detective.

—Un hombre corriente, normal.

En aquel momento un coche se detuvo ante aquella modesta casa. Era un «Mercedes» último modelo, del que se apeó un hombre bastante mayor, de aspecto distinguidísimo, vestido con exquisita elegancia. Se apeó, asimismo, una pelirroja impresionante.

—No hace falta que me lo digas —repuso Jimmy Young, dirigiéndose a Maureen—, esa joven con la cabellera de fuego es Anita Duffy.

—Y él es Basil Grey, el riquísimo comerciante... —amplió Eggar Sanders.

Querían dar el pésame a Kim, y por eso acababan de llegar. Pero Kim tardó en reparar en ello. Se hallaba pendiente de los que debían llegar para extraer los ojos a su padre.

—Mi padre tenía tanto empeño en que sus ojos no se perdieran... —dijo Kim, poco después.

Basil Grey era un perfecto e intachable caballero. Por lo menos tenía todas las trazas de serlo. Así que pudo, se llevó a la chiquilla hacia un lugar apartado y le dijo que podía contar con él para lo que fuera.

—Te hablo —le hizo constar— con mi mejor buena voluntad.

—Gracias, señor Grey. Pero no, no necesito nada.

—Quizá, dinero —apuntó. Y antes de recibir respuesta—: Voy a darte cuatrocientas libras. Por favor, no me las rechaces. Conocía a tu padre y le apreciaba de veras —puso los billetes en manos de la chiquilla.

—No, por favor —se sofocó.

—Acéptaselas —intervino Anita Duffy—. A él le sobran y tú, en tan tristes circunstancias, vas a necesitarlas. —Y besó a Kim en ambas mejillas.

—Gracias —miró con gratitud a ambos—. Son muy buenos. Son muy buenos los dos.

Pocos minutos después, llegó una ambulancia. El doctor Jacobs, en persona, hizo su aparición. Todos conocían al doctor Jacobs. A éste pertenecía una de las dos casas de categoría de la localidad. La primera era propiedad de Basil Grey, lugar donde el rico comerciante lo pasaba de maravilla con sus jóvenes conquistas. La otra casa la ocupaba con bastante frecuencia el doctor Jacobs, famoso oftalmólogo y eminente cirujano.

Cuando un rato más tarde salió de aquella casa llevándose debidamente envasados los ojos de Paul Malloy, un silencio intenso se hizo alrededor. Nadie habló. Nadie dijo nada.

Tampoco Eggar Sanders.

El menos que nadie.

Se dio cuenta, de pronto, por absurdo que pudiera parecerle incluso a sí mismo, que sentía pánico...

Maureen no supo cómo se las ingenió el joven, pero lo cierto es que al poco de haber abandonado aquella casa, Jimmy Young había ya emparejado con la pelirroja despampanante que, todo sea dicho, no parecía nada disgustada con su presencia.

Basil Grey avanzaba no lejos de ellos, pero sin preocuparse en absoluto por aquella momentánea separación, que podía resultar peligrosa, por descontado, si se tenía presente que Jimmy Young era todo un tipo, y un tipo de esos que gustan invariablemente a todas las mujeres. Pero Basil Grey debía saber por experiencia el poder que tiene el dinero, y el dinero, y por cierto a manos llenas, lo tenía él, no aquel joven detective.

—Me hubiera gustado conocerla en otro momento más favorable —estaba diciendo Jimmy Young a la pelirroja.

—¿Y qué tiene este momento de desfavorable? —Le sonrió ella, y el gesto de sus labios fue sumamente insinuante—. ¡Ah, sí, claro!, la muerte de ese hombre, su pobre hija que se ha quedado tan sola...

—No me refería exactamente a eso —dijo Jimmy Young—, sino al hecho de que usted venga acompañada. Imagino muy celoso al señor Grey.

—Es más rico que celoso —volvió a sonreír—. Es lo que más me atrae de él.

—Pues me alegro que no sea celoso...

—Yo también, sobre todo ahora que le he conocido a usted. Apenas le he puesto la vista encima, ¿sabe lo que me he dicho? —Y le miró, brillantes sus pupilas.

—Ni idea —respondió, un poco socarrón.

—Que tendría que ingeniármelas para..., para..., supongo que ya adivina para qué...

—Puesto que me lo dice con un tono tan meloso, tan sugestivo, tan insinuante, empiezo a adivinarlo.

—¿Y qué le parece lo que le he dicho de ingeniármelas para... para... —Hizo un mohín que era como para comérsela a besos.

—¿Qué quiere que me parezca? Que ardo en deseos de que se las ingenie... Estoy dispuesto a colaborar donde, cuando y como sea. De mil amores.

—Pues no le demos más vueltas al asunto. Debe tener habitación en la posada, ¿no es eso? Iré a hacerle una visita. Sabiendo que mi presencia no va a incomodarle...

—Va a saberme a miel.

No duró más la conversación. Pero la habían aprovechado, no cabe de ello la menor duda. Lo habían dejado todo muy claro, conciso y detallado.

Así lo supuso Maureen David, la muchacha que se había propuesto interesar al detective, pero que ahora, ante la presencia imprevista de aquella pelirroja de campeonato, no sabía ya qué hacer. Algo le decía que la partida se le había complicado mucho. Posiblemente demasiado.

—Qué, ¿haciendo una nueva conquista, señor Young? —se lo preguntó así que le tuvo de nuevo a su lado.

—¿Se refiere...? —inquirió, sin querer darse por aludido.

—Sólo puedo referirme a Anita Duffy, a esa pelirroja que por lo que se ve tiene mucha práctica en ofrecerse.

—¿Y por qué deduce, señorita David, que ella...?

—Me ha bastado ver cómo le miraba.

—A mí me gustaría que fuera usted quien me mirara así, se lo aseguro. Pero ya lo sé, me quedo con las ganas.

—Y mientras tanto, para consolarse, va a aceptar la oferta que se le ha venido encima casi sin buscarla. Pero no, no le reprocho nada. Bien mirado, me hago cargo sobradamente de que todos los hombres son iguales.

—No se preocupe...

—¿Por usted? ¡Oh, claro que no! ¡No se haga ilusiones!

—Quiero decir, que no se preocupe, que no descuidaré el asunto que me ha traído aquí. Para mí lo primero es el trabajo, la obligación, el deber.

—No es la primera vez que me lo dice. Sin embargo, hasta ahora, no veo que haya avanzado mucho en sus investigaciones.

—Todo requiere su tiempo.

El día del entierro volvieron a verse todos los que, aquel día, se habían encontrado en la casa de Paul Malloy, el hombre que había donado sus ojos.

Pero no, Eggar Sanders no acudió al cementerio.

Sí, sí estaba. Sin embargo, había quedado atrás, apartado del resto de la comitiva, medio oculto entre los cipreses. Tan atrás, tan apartado, que más de uno creyó que había dejado de acudir.

—Creía que no estabas —le dijo Maureen al verle.

—Sí, sí, no faltaría más...

—Me hubiera sorprendido que no vinieras —le dijo la muchacha—. Me hubiera quedado sin saber qué pensar.

—A mí, lo que me gustaría saber —repuso Jimmy Young— es si ha venido, o no, el asesino...

—No creo que haya llegado a tanto su cinismo —dijo Eggar Sanders.

Y lo dijo con toda la serenidad que le fue posible, que no fue tanta como hubiera deseado. Desde que sabía que los ojos de Paul Malloy iban a seguir viendo, estaba perdiendo los nervios.

Del modo, quizá, más ridículo y absurdo que pueda uno llegar a imaginarse. Pero era un hecho cierto. Los nervios le estaban jugando una mala pasada. Algo con lo que él no contaba.

CAPITULO V

Jimmy Young se había dedicado durante todo aquel día intentando llevar adelante sus investigaciones. Pero tras interrogar a unos y a otros, llegó a la conclusión de que no cazaría al asesino hasta que apareciera en escena Fredric Ellis, hasta hacía poco el ciego de Macksontton, como todo el mundo le llamaba.

—Podría irme por unos días y regresar en el momento oportuno —le dijo a Maureen.

—¿Irse? —Se asustó la muchacha—. ¿Y si mientras tanto Eggar Sanders se me declara, me pide que me case con él? ¿Qué hago yo entonces teniéndole lejos?

— ¡Vaya —bromeó—, que sin mino puede vivir!

—Yo de usted me dejaría de tonterías y hablaría en serio —repuso ella—. El caso no es para tomárselo a la ligera.

—No, ciertamente no. Así que, no se hable más, queda decidido que no me moveré de aquí hasta que todo haya quedado debidamente solucionado.

—Es lo acordado.

—Sí. De todos modos, mientras Fredric Ellis no aparezca en escena, no pasará nada. Los acontecimientos se detendrán hasta entonces, por lo menos en cuanto se refiere, o atañe, al hecho de desenmascarar al culpable.

—Si usted lo dice...

—Desde luego, me gustaría que me acompañara de nuevo a la casa de Kim. ¿Le importaría? Creo necesario, para terminar de dar como buena mi hipótesis, volver a hacer unas cuantas preguntas.

—¿Eso significa que ya tiene una pista? Pues si es así, es que ya sabe quién es el asesino, ¿no? Supongo —le miró fijo— que no piensa en otro que no sea Eggar Sanders... ¡Porque el asesino es Eggar Sanders, puede estar seguro!

—Daré caza al asesino, no lo dude. Déjelo en mis manos. Y ahora acompáñeme, si es tan gentil, a casa de Kim.

—De acuerdo.

Cuando llegaron allí, muy poco después, Jimmy Young no se anduvo con rodeos y dijo a Kim que le era preciso volver a preguntarle un par de cosas.

La chiquilla le respondió que estaba a su disposición, que podía preguntar lo que quisiera. Ella lo único que deseaba era ayudar a desenmascarar al asesino de su hermana.

—Dime, Kim, y permíteme que te tutee, te veo tan niña...

—Hágalo con toda tranquilidad, señor Young.

—Cuando regresaste del colegio y te encontraste muerta a Vivien, ¿había desorden en esta habitación...? Esto mismo ya te lo pregunté el otro día, pero insisto porque tiene mucha importancia.

—La alfombra estaba movida, arrugada, mientras el cadáver de mi hermana se hallaba junto a la chimenea. Todo lo demás permanecía en

perfecto orden. —La respuesta de Kim fue clara, rotunda, como lo había sido la primera vez.

—Pero ¿y los ceniceros? —preguntó Jimmy Young—. ¿Estaban en su sitio?

—Esto también me lo preguntó el otro día —recordó Kim.

—Sí, sí —admitió el detective—, recuerdo perfectamente que te lo pregunté. Pero esta respuesta, en uno u otro sentido, también es de vital importancia.

—Los ceniceros estaban en su sitio. Nadie los había movido.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—¿Y las tenazas de la chimenea? ¿Estaban en su sitio?

—¿Las tenazas?

—Sí, sí... —Y especificando, aunque, claro está, de un modo innecesario—: Ese instrumento de metal, o hierro, compuesto de dos brazos flexibles, que sirve para coger, mover o atizar la leña de la chimenea.

—Las tenazas estaban donde yo las dejé. Antes de irme al colegio cargué bien de leña el fuego y hecho esto las dejé en su lugar. Que es aquí... —E indicó el sitio que le correspondía junto a la pala que servía, cuando el fuego estaba ya apagado y había que limpiar aquello, para recoger la ceniza.

—Entonces, concretando —dijo Jimmy Young—, todo estaba en orden. Las tenazas, los ceniceros, los platos que hay de adorno en las paredes... Estos también estaban en su sitio, ¿no?

—Sí, claro.

—Entonces, todo en orden, a excepción de la alfombra que se hallaba movida y arrugada.

—Sí —dijo Kim.

—Pues nada más, esto es todo —repuso el detective—, y perdona que nuevamente haya venido a molestarte.

—No ha sido ninguna molestia. Verle es un placer, como lo es ver a Maureen, la mejor amiga de mi hermana.

—Gracias, Kim —agradeció la joven.

—Pero ya que estoy aquí —observó Jimmy Young—, permíteme que te dé un consejo.

—Usted dirá... —y la guapa chiquilla le miró una vez más con simpatía.

—Apenas se haga de noche, no abras la puerta de esta casa a nadie. A nadie en absoluto, ¿me entiendes? —Y puntualizó, para que quedara bien claro—: Por mucho que conozcas a la persona que llame. Por muy buena e inofensiva que pueda parecerte.

—Sí, señor Young —asintió.

—¿Me lo prometes? Sólo así, Maureen y yo estaremos tranquilos.

—Se lo prometo.

—Piensa —repuso el detective— que ese asesino ha matado ya a cuatro muchachas, y que lo lógico es suponer que la lista no acaba aquí, o que por lo

menos él así lo pretende... Tú eres todavía muy joven, tanto que, bien mirado, puede todavía considerársete una niña. Pero aun así, las precauciones no estarán de más.

—De acuerdo, señor Young.

—Si quieres venir a mi casa, Kim —le ofreció la muchacha—, ya lo sabes. Puedes contar conmigo para todo.

—No es necesario, Maureen. Gracias de todas formas. —Y añadió—: Puedes quedarte tranquila, haré caso de los consejos del señor Young y no abriré a nadie.

—Siendo así, todo irá bien —manifestó Jimmy Young.

Pero pensó que la chiquilla quizá no cumpliera, llegado el momento, el buen consejo que le había dado. Tal vez en aquel instante creyera que el que llamaba se hallaba al margen, por completo, de toda posible sospecha. Por lo que, en consecuencia, abrirle la puerta no podía significar ningún riesgo. Así que repitió:

—Siendo así, todo irá bien. —Pero esta vez añadió—: No debes abrir, ni aunque sea tu mejor amigo quien llame...

—¿Mi mejor amigo? —Kim pareció preguntarse a sí misma quién era su mejor amigo. Y al poco reconocía—: Con franqueza, no sé quién es...

—Tal vez —dijo Jimmy Young—, puedas creer que es Eggar Sanders.

—Sí, tal vez —convino.

—Pues ni aunque sea él —observó el detective—. Casi me atrevería a decirte, o mejor dicho, me atrevo a decirte, que sobre todo si es él, tu puerta ha de permanecer herméticamente cerrada.

—No comprendo —musitó Kim, un poco desconcertada, o quizá más que un poco—. ¿Por qué se refiere a Eggar Sanders de ese modo...?

—Hablaremos de ello más adelante le hizo saber—. De momento basta con que me hagas caso. ¿Me lo harás? Nos has prometido que sí.

—Sí, señor Young.

—Házselo, Kim —rogó Maureen—. El señor Young no desea otra cosa que ayudarte, que ayudarnos... —amplió—, porque la realidad es que, aquí en Macksontton, ni tú, ni yo, ni ninguna muchacha estará segura mientras ese asesino no sea detenido.

Al salir de allí, Jimmy Young quiso acompañar a Maureen hasta su casa.

—La invitaría muy gustosamente a dar un paseo, pero tengo que hacer otra cosa.

—¿Puedo saber —preguntó— qué cosa? Ya que soy yo quien pagaré sus honorarios, me asiste el derecho, supongo, de preguntárselo...

—Claro que sí —aceptó que se inmiscuyera en el asunto—. Voy a ir a conversar un poco con el señor Grey, Basil Grey...

—¿Y eso? —Preguntó la muchacha—. No encuentro sentido a lo que acaba de decir, con franqueza.

—Indagar nunca está de más.

—Pero en este caso concreto, sus indagaciones deben limitarse a Eggar

Sanders...

—Estoy convencido de que es así —admitió—. Le diré más, estoy ya plenamente convencido de que es el asesino... —Y era cierto, a este respecto Jimmy Young ya no tenía dudas de ninguna clase—. Pero para buscar las pruebas que le acosen, que le acorralen, y finalmente le desenmascaren, hay que hacer algo más que permanecer cruzado de brazos.

—¿No será —inquirió Maureen— que busca una excusa, más o menos aceptable, para ver de nuevo a Anita Duffy? Convengo con usted en que es una monada —añadió—, pero piense que si se entera el señor Grey de sus intenciones...

—No me guían esa clase de intenciones, señorita Davis—le aseguró—, por lo menos en lo que respecta a esa visita que deseo hacer a la casa del señor Grey. Puedo asegurárselo.

—Intentaré creerle.

—Desea hacerlo, ya lo sé —sonrió Jimmy Young—, porque usted está interesándose mucho por mí, ¿verdad?

—Menos —contestó ella, echando atrás su cabellera oscura y mirándole sin pestañear con sus preciosos ojos verdes—, menos... de lo que usted, señor Young, está interesándose por mí. Lo que le molesta enormemente, ya lo sé —aclaró— porque a esa pelirroja, pongamos por ejemplo, se la conquista con poco esfuerzo, pero conmigo es todo mucho más complicado. Para acostarse en mi cama antes hay que casarse.

—Mala cosa —reconoció el detective.

—¿El acostarse conmigo...? —sonrió ella.

—El casarse —se rió él.

* * *

Basil Grey quedó algo extrañado al recibir en su elegante casa la visita del detective. Pero lo cierto es que tampoco se sorprendió demasiado, así que enseguida le dijo a su criado que le hiciera pasar.

Introducido en el despacho, donde no estaba Anita Duffy, el rico comerciante se adelantó hacia el visitante con la mano extendida.

—Bien venido.

—Gracias.

—Considérese en su casa.

—Es usted muy amable.

—¿Un whisky? —ofreció.

—En otra ocasión. Sólo vengo a molestarle un momento.

—No tengo prisa. Además, atenderle no es ninguna molestia. En absoluto, se lo aseguro.

—Vengo a hablarle de esas muchachas muertas, y del asesino...

—Algo así me imaginaba. —Y yendo directo al caso—: Supongo, señor Young que no sospechará de mí, ¿verdad? Ya sé que soy mayor y que las

mujeres jóvenes y guapas son mi debilidad. Una debilidad que nadie desconoce y de la que, afortunadamente o desgraciadamente, no puedo desprenderme. Pero no por eso usted va a sospechar de mí... Yo tengo todas las mujeres que quiero, puedo elegir. Es cuestión de ofrecer, de subir el precio. Quizá fracasara de encapricharme de mujeres honestas. Pero ¿para qué buscarlas honestas si hay tantas que no lo son y cuando son éstas, en verdad, quienes más experiencia tienen y quienes más saben complacer a un hombre? Supongo que me ha comprendido.

—Perfectamente, señor Young, y puedo asegurarle que no sospecho de usted en absoluto —respondió el detective—. Sólo vengo a ver si puede echarme una mano.

Lo haría encantado.

—Su casa, esta casa —repuso Jimmy Young—, es la que se halla más cerca de esa en que Vivien fue violada y asesinada.

—Sí, es cierto.

—¿No oyó usted nada aquella noche? Imagino que no. De haberlo oído, así lo habría hecho constar a la policía.

—Correcta su deducción. No, no oí nada aquella noche. Bueno —se corrigió—, sí oí algo. Pero algo que carecía totalmente de importancia.

—¿Qué es ello?

—Oí pasar por la carretera a Fredric Ellis, el ciego de la localidad. Pasó dejando oír el ruido de su bastón y silbando una canción. Pero esto, en él, era lo corriente, lo acostumbrado. No le di importancia. ¿Qué importancia iba a darle?

—Fredric Ellis dijo que tropezó con alguien en la misma carretera, pero que ese alguien, cuando él le preguntó quién era, no respondió y huyó rápidamente de allí. ¿Usted no vio pasar a nadie aproximadamente a esa hora?

—No, a nadie.

—Es de presumir que ese individuo fuera el asesino. De no serlo, no tenía por qué huir del modo que lo hizo.

—Evidentemente.

—Por eso le preguntaba. Pero si no vio a nadie, lo probable, lo posible, lo factible se nos borra.

—Lastimosamente. Ahora bien —observó—, Fredric Ellis debió sacar alguna deducción, ¿no cree? Los ciegos, por el hecho de serlo, tienen los sentidos muy agudizados. Ello pudo llevarle a adivinar de quién podría tratarse...

—No, no, en absoluto. El propio Fredric Ellis lo ha dicho y repetido una y otra vez. No tiene ni la menor idea.

—Es una lástima. En fin, señor Young, lamento no haber podido colaborar.

—No se preocupe. A propósito, ¿piensa usted acudir, señor Grey, a la fiesta que va a ofrecer en su casa Fredric Ellis para celebrar que la intervención quirúrgica practicada por el doctor Jacobs ha constituido un rotundo éxito?

—No faltaría por nada del mundo —aseguró—. No sólo porque me alegro enormemente de que Fredric Ellis ya no sea un pobre ciego, sino porque sé que el milagro se debe a la generosa donación de Paul Malloy, una persona excelente, buenísima, a la que yo apreciaba de todo corazón.

—Pues allí nos veremos, señor Grey.

—Llevaré a Anita —dijo, al parecer sin que viniera a cuento.

—Una preciosidad de mujer —alabó Jimmy Young.

—De la que, entre nosotros, empiezo a estar un poco cansado. ¿Sabe? —inquirió—. Me gusta variar. Pienso que, para no hacerlo, ya está la esposa. ¿No le parece justa y razonable mi teoría?

—Totalmente.

CAPITULO VI

La casa estaba llena de amigos y de vecinos. De los amigos y de los vecinos que se alegraban sinceramente de que Fredric Ellis hubiera recobrado la visión.

Este se hallaba pletórico de alegría y felicidad, y no cesaba de ir de aquí para allá ofreciendo bocadillos y bebidas. Incluso champán, y de buena marca, ya que no quería escatimar en día tan señalado.

Basil Grey ya estaba allí y también su guapa y pelirroja acompañante, que por cierto lucía un escote tan amplio y generoso que las miradas de los hombres se iban todas hacia allí.

También habían llegado, hacía ya rato, Maureen y Jimmy Young. Y cómo no, el doctor Jacobs.

Quien no se faltaba allí, era Kim, demasiado triste y afectada para sentirse a gusto en aquella fiesta. No obstante, había acudido a aquella casa antes que nadie, para decir a Fredric Ellis que se alegraba infinitamente de que sus ojos pudieran ver, es decir, del éxito de la intervención.

—Lo debo a tu padre, Kim —le había respondido él—. Nunca le agradeceré bastante lo que hizo por mí.

Aunque la verdad es que tampoco estaba allí Eggar Sanders. Lo cual, como es lógico, empezaba a sorprender a todos. A sorprender más o menos, pero a todos, sin excepción. No tenía sentido que dejara de acudir.

En realidad, Eggar Sanders sabía que ésta, y no otra, iba a ser la reacción de los allí reunidos. Lo sabía tan de fijo, que no albergaba la menor duda al respecto. Por ello hizo un esfuerzo de voluntad, se arregló, y se presentó allí.

Tarde, más tarde que nadie, pero se presentó.

Cuando entró en la casa, cuya puerta se hallaba abierta para que los invitados pudieran ir llegando con toda comodidad, se encontró de pronto, casi de forma inesperada, ante Fredric Ellis.

Al mirarle, quedó tan impresionado al ver en su rostro los ojos negros, intensamente negros de Paul Malloy, que la carne se le puso de gallina. De ello, sin duda, que las palabras no atinaran a salir de su garganta.

—¡Me alegro de que ya estés aquí, Eggar!

Eggar Sanders notó que se ponía a sudar.

—¿Cómo sabes, Fredric, que yo soy Eggar? Aún no he abierto la boca. Por el sonido de mi voz no ha podido ser... ¡Ah, ya! —quiso explicárselo a sí mismo—. Como todos están ya aquí, has deducido...

—No, no ha sido por eso —replicó Fredric Ellis de un modo enigmático, o por lo menos a Eggar Sanders así se lo pareció—. Pero apenas te he visto, algo en mi interior me ha dicho que eras tú.

—¿Algo...?

—Sí, algo —dijo Fredric Ellis—. Como si ya te hubiera visto antes, con anterioridad.

—Pero tú eres ciego desde niño —repuso—. Desde antes de nacer yo. En consecuencia, tus ojos nunca me habían visto.

—Pero te habían visto —bromeó Fredric Ellis— los ojos de Paul Malloy, mi generoso donante, y sin duda por eso...

Se había tratado de una broma.

¿O acaso no...?

Eggar Sanders notó que el sudor perlaba su frente. Intentó esbozar una sonrisa, pero sólo hizo un gesto. Un gesto que se hizo más marcado al ver que la mirada de Jimmy Young, el detective, no le sacaba la vista de encima.

«Ese desconfía de mí —se dijo—. Sí, desconfía... Es fácil darse cuenta. Tendré que eliminarle. De lo contrario todo puede acabar mal para mí.»

La fiesta continuó como si tal cosa. Verdaderamente no había sucedido nada de extraordinario, aunque Eggar Sanders, impresionado por lo que había pasado apenas llegó a aquella casa, no atinaba a demostrar toda la serenidad deseada.

Pero aún se puso nervioso, mucho más excitado, un rato después. Al poco de estar en aquella estancia contigua al lugar donde se hallaban el resto de los invitados. También, allí, en aquel momento, se hallaban Maureen y Jimmy Young. Y estaba asimismo el dueño de la casa, y dueño también de unas córneas que hasta hacía poco habían pertenecido a otra persona. Este dijo del modo más inesperado:

—Resulta sorprendente, realmente sorprendente.

—¿El qué? —preguntó Maureen.

—Lo que me sucede...

—¿Qué le sucede? —preguntó Jimmy Young.

—Pues que cuando menos lo espero, la vista se me nubla... Bueno, no es eso exactamente —aclaró—. Es como si mi vista, traspasando esa niebla, viera más allá de lo que está viendo... Creo que no me expreso bien y que no me entienden...

—No del todo —dijo el detective.

—Se trata —repuso Fredric Ellis— de que mis ojos recuerdan, de pronto, lo visto anteriormente... Me refiero, claro, a lo visto cuando pertenecían a Paul Malloy...

—Esto es inadmisible —observó Eggar Sanders—. Totalmente inadmisible y nadie puede creer...

—Eso me decía yo al principio —asintió el aludido—. Sin embargo, es así, tal como le digo. Por ejemplo, cuando has llegado, Eggar, te he reconocido al instante.

—Eso no es posible. Se ha tratado simplemente de una mera deducción, estoy plenamente convencido de ello.

Pero ¿lo estaba? Si era así, no tenía por qué sudar. Y sí, sudaba cada vez más. Y lo peor era que Jimmy Young se estaba dando cuenta de ello.

—Además —puntualizó Fredric Ellis, me pasa a menudo... Por ejemplo, el otro día, a través de esa niebla, o de lo que sea que se trate, vi a una pelirroja

muy llamativa y a un hombre mayor... La pelirroja iba apenas cubierta con unas plumas por delante, yendo totalmente desnuda de cintura para arriba, y el hombre mayor, en su camerino, se le acercaba y la estrechaba entre sus brazos... Después susurró algo a su oído, mientras colocaba a la chica un cheque entre sus manos... Ella miró el cheque, debió gustarle la cifra y se echó a reír. En seguida se dejó besar...

—¿Y con esto adonde quieres ir a parar? —preguntó Eggar Sanders.

—Quiero ir a parar —indicó— a que la pelirroja ha resultado ser Anita Duffy y el hombre mayor el señor Grey, Basil Grey... El otro día los reconocí perfectamente, así que los tuve delante... Los mismos rasgos, idénticas expresiones... De lo que se desprende, claro, que Paul Malloy, por el motivo que fuera, debió presenciar la aludida escena...

—¡Vaya ocurrencia! —exclamó Eggar Sanders.

—Una ocurrencia —dijo el detective— que yo califico de apasionante, y no de inverosímil, ni mucho menos...

—Pero ¿a santo de qué el señor Paul Malloy, que vivía en Macksontton, había de ser testigo de un hecho que...?

Eggar Sanders se detuvo cada vez, indudablemente, más nervioso y sudoroso.

—Esto mismo, exactamente, me lo pregunté yo —dijo Fredric Ellis—. Pero tengo confianza con el señor Grey y la verdad es que el otro día me atreví a preguntarle cómo había conocido a Anita Duffy. Me respondió que ella era corista y que él, apenas la vio, quedó fascinado de sus encantos. Un día, me dijo, entró en su camerino, le susurró al oído que la quería y le ofreció en un cheque, para resultar debidamente persuasivo, una buena cifra de libras... Al yo hacerle saber que todo eso ya lo sabía —agregó Fredric Ellis—, el señor Grey me respondió que, en tal caso, sólo podía ser debido a un hecho, a que Paul Malloy me lo hubiera contado. Este se hallaba en aquel camerino, casualmente... El, al entrar allí, no se había percatado de su presencia...

—¿Paul Malloy en el camerino de esa muchacha? No puedo creerlo, no puedo aceptarlo... —pero la voz de Eggar Sanders tenía cada vez menos consistencia.

—Era electricista —dijo Fredric Ellis— y en la pensión en la que se hospedó aquellos días, fue a Londres a arreglar un par de asuntos relacionados con la muerte de su hermano, conoció a Anita... Como sea que el electricista del teatro se había puesto enfermo, Anita le pidió que le suplantara para una emergencia surgida la noche antes... A esto se debió simple y llanamente, que Paul Malloy se hallara en aquel camerino.

—Aunque así fuera, eso no explica en modo alguno —insistió Eggar Sanders— que ahora tus ojos, Fredric, por ser antes los de Paul Malloy...

—Me he limitado a explicar lo que sucede. A propósito —y Fredric amplió —: también a través de esa extraña e insólita niebla que a veces cubre mi actual visión, te veo a ti, Eggar.

—¿A mí? —y su sudor se hizo ya tan intenso, que empezó a resbalarle por

la cara.

—Sí, a ti. Aunque no termino de captar bien la visión...

—¿Qué ve? —preguntó el detective.

—Veo a Eggar entrando en la casa de Paul Malloy, su hija Vivien le abre la puerta... Veo la chimenea, donde arde un espléndido fuego... Veo la alfombra que cubre el suelo de la estancia... No, no veo nada más, no consigo ver nada más... —Y de pronto—: Sin duda, Eggar, un día fuiste a verles y esa escena sucedió. Sólo que no termino de captarla del todo...

—Si esa escena le aparece una y otra vez, aunque incompleta, llegará un día, un momento, en que de pronto surja perfecta, íntegra —dijo Jimmy Young—. La insistencia del hecho en sí, así lo da a entender.

—Resulta asombroso todo esto, realmente asombroso —repuso Maureen —. Pero ante tus explicaciones, Fredric, no queda más remedio que aceptar su autenticidad. No por insólitas, evidentemente, menos ciertas.

—¿Y qué opina de todo lo que se dice el doctor Jacobs? —preguntó Eggar Sanders, finalmente.

—No estaría de más preguntárselo.

* * *

Le rogaron que dejara a los demás invitados y que se reuniera con ellos.

Consultado al respecto, el doctor Jacobs hizo un gesto de extrañeza. Dio la impresión de creer, de momento al menos, que querían hacerle una tomadura de pelo. Aunque pronto se dio cuenta de que no se trataba de eso.

—Es la primera vez en toda mi carrera que he oído comentar tales circunstancias.

Llamaron, al poco, a Basil Grey, y a Anita Duffy. Sin duda para que corroboraran lo dicho anteriormente por Fredric Ellis. Aunque nadie, ciertamente, dudaba ya de las palabras de quien, hasta hacía pocas semanas, había sido el ciego de Macksontton.

—Sí, Fredric ha dicho la verdad —asintió Basil Grey—. No tengo por qué negarlo.

—Ni yo —añadió Anita Duffy, que tenía, por descontado, una buena dosis de desparpajo.

—Pues no... no... lo entiendo —manifestó Eggar Sanders—. Los ojos de un muerto no pueden retener..., retener..., retener... —pero se atrabancó, y de esta última palabra no acertó a salir.

—También te veo a ti, Eggar —dijo Fredric Ellis—, en otro momento. Un momento, sin duda, que también pertenece al pasado.

—Cuente, cuente... —le animó a hacerlo el detective.

—Te veo en tu casa, es decir, en la serrería. Estás cambiando de sitio unas maderas, no demasiado grandes, debajo de las cuales hay una cuerda... Tú sonríes de una manera extraña, y acaricias la cuerda como si se tratara del cuerpo desnudo de una mujer... Quiero decir, que la acaricias con placer, con

voluptuosidad... Pero sólo se trata de una cuerda...

—Pues esto que cuentas no ha sucedido nunca —afirmó Eggar Sanders, rotundo.

Pero se había estremecido hasta lo más hondo de su ser. Sabía que sí, que aquello sucedió, y que, efectivamente, fue Paul Malloy la persona que, entrando de improviso en la serrería, le sorprendió con aquella cuerda entre las manos. La misma cuerda que había de servirle para maniatar a sus víctimas. Primero a Bárbara. Después a Linda. Por último a Rosalie. Con Vivien no le había hecho falta usar ese método.

—Es un caso digno del más detenido estudio —dijo el doctor Jacobs—. Lo expondré a mis colegas en cuanto tenga oportunidad de ello.

—Ya me dirán las conclusiones que saquen —repuso Jimmy Young—. Mientras tanto, quedo a la espera —miró a Fredric Ellis— de lo que pueden seguir viendo sus ojos, unos ojos que, indudablemente, lo mismo que una cámara fotográfica, han captado y ahora reflejan...

—¡No digas cosas absurdas! —Barbotó Eggar Sanders, perdiendo la serenidad—. Unos ojos nunca pueden actuar como una máquina fotográfica, y menos aún los de un muerto...

—Ha puesto mucho énfasis en su protesta —repuso el detective—. Demasiado, me parece a mí. Yo sólo me he limitado a dar mi parecer. Con toda mi modestia...

—Francamente, de modesto tiene usted muy poco. —No cabe duda, los nervios seguían delatándole, no conseguía sujetarlos, se le escapaban.

—Puesto que me acusa abiertamente de inmodesto —respondió Jimmy Young—, reconozco que, en efecto, suelo estar siempre muy seguro de mí mismo y de mis apreciaciones. La modestia no es precisamente una de mis virtudes.

—Estoy convencida —intervino Maureen, conciliadora de que ambos, de virtudes, tienen muchas. Así pues, ¿a qué hablar de sus defectos? —Improvisó temiendo que el enfado pudiera llegar a mayores—: ¿Qué tal si volviéramos con los demás invitados?

—Podemos poner un poco de música de baile —sugirió Fredric Ellis.

—Te concedo el primer baile, si me lo pides —sonrió Maureen.

—Me siento altamente halagado —contestó él—. ¡Cómo no! Me solicita un baile la muchacha más encantadora de la localidad. Parece un sueño de esos de los que uno quisiera no despertar.

—Muy gentil.

Pero a Maureen Davis no le había gustado ver la expresión de Eggar Sanders al oír eso de «la muchacha más encantadora de la localidad». Fue una mirada excesivamente elocuente. Parecía decir que, si era la que más valía, había de ser para él. Sólo para él.

Sin embargo, Maureen pensó que estaba obsesionada y que en lo que le había parecido no debía haber más que su propia aprensión, su propio miedo. Por lo tanto, quiso tranquilizarse y olvidar la extraña y estremecedora mirada

de Eggar Sanders. A quien ella, por descontado, y cada vez, consideraba el asesino de aquellas cuatro muchachas.

Pero no le fue fácil tranquilizarse.

Después de bailar con Fredric Ellis, lo hizo con Jimmy Young. Se sintió feliz entre sus fuertes brazos. Tan feliz que coqueteó con él, considerando que algo tenía que hacer para atraparle, o al menos para intentarlo.

No obstante, seguidamente, bailó con Eggar Sanders. Y aquí vino lo malo. La más viva e intensa intranquilidad agitó todo su cuerpo.

—Maureen, quiero decirte una cosa de mucha importancia.

—Para cosas de importancia —le contestó ella, temiéndose lo que iba a venir—, será preferible que elijas otro momento. Este no es el adecuado.

—¿Por qué no...?

—Quizá, simplemente, porque hemos bebido demasiado.

—Tú apenas has bebido media copa de champán, Maureen. Ya me he dado cuenta.

—No creía que estuvieras tan pendiente de mí.

—Sí, lo he estado, y lo estoy, en todo instante. ¿Quieres saber por qué?

—Prefiero saberlo en otro momento, Eggar.

—Yo prefiero que sea ahora. Hace ya mucho que espero una oportunidad como ésta.

—Por favor, no... —De puro asustada, aquello fue una súplica.

—Maureen, estoy enamorado de ti. Sería feliz si accedieras a casarte conmigo. Si es que eres capaz de quererme —agregó— a pesar de que me falta una mano.

—Cuando des con una muchacha que de verdad te quiera, eso de la mano carecerá de importancia. Ten la seguridad de ello.

—Es posible. Pero ¿eres tú esa muchacha? Es esto lo que me interesa saber ahora.

—Tu proposición me ha cogido desprevenida, Eggar, que con sinceridad, no sé qué contestarte... —Se atragantaba, no podía evitarlo.

—Respóndeme lo que te dicte el corazón. —Y la miró de un modo sombrío y a la vez amenazador.

Eggar Sanders no se dio cuenta de ello. La muchacha sí. De ello que haciendo un esfuerzo, un esfuerzo inmenso, eso sí, sonriera y dijera:

—Concédeme unos días para pensarlo. Eso del matrimonio es una cosa muy seria, no puedo decidirme a la ligera.

—De acuerdo, Maureen, te concedo unos días. —Pero demostrando que la paciencia no era su fuerte—: ¿Cuántos...?

—Una semana. ¿Te parece bien?

—No —la respuesta fue tajante.

—¿Cinco días...? —Cada vez se sentía más poca cosa.

—Dos —repuso Eggar Sanders— han de bastarte y sobrarte para saber lo que sientes por mí. Pero si decides rechazarme —añadió— no por eso has de sentir el menor pesar, no has de preocuparte en absoluto por mí. Seguiremos


siendo tan buenos amigos como siempre, Maureen.

CAPITULO VII

Estaba Jimmy Young junto al riachuelo, muy cerca de los cañaverales que bordeaban su margen, convencido de que pronto, muy pronto, los acontecimientos se precipitarían sobre sí mismos desenmascarando al asesino, cuando oyó tras sí un ruido que no le gustó nada.

Se giró a una velocidad meteórica, presto a atajar el ataque que pudiera venírsele encima. Indudablemente se trataba de eso, de alguien que se proponía que no estuviera tan optimista. O mejor dicho, alguien que pretendía eliminarle, quitarle de en medio.

Pensando así, resultaba inevitable, o por lo menos casi inevitable, llegar a la rápida conclusión de que debía ser el asesino, el propio asesino, la persona que pretendía cogerle por sorpresa. Así que, en consecuencia, lo dicho, se giró con increíble rapidez.

Fue tanta, que el atacante quedó desconcertado. De ello que se quedara indeciso por unos instantes. Brevísimos instantes, empero, que en realidad casi resultaron imperceptibles.

No obstante, Jimmy Young supo aprovecharlos para hacerse cargo de la situación, empeorada por el hecho de que era un atardecer recargado de niebla. De una niebla espesa, tensa, compacta. Como pocas veces había visto en Macksontton, a pesar de que era ésta una localidad propensa a no sorprender a sus habitantes por tal accidente climatológico.

Sí, supo hacerse cargo de la situación y ponerse en actitud de franca defensa. Aunque no iba a tener que defenderse de ningún cuchillo, ni de ninguna pistola, ni de ninguna arma especial. Sólo de un hombre.

De un hombre que le atacó con la fuerza desusada de su cuerpo, de sus brazos y de sus manos.

Pero ¿quién era ese hombre? No podía saberlo. La niebla era tan intensa que limitaba la visión de un modo increíble, inusitado, casi fantasmagórico.

Sin embargo, si ese hombre le atacaba contando con sus propias fuerzas, sólo con ellas, eso indicaba que no se trataba de Eggar Sanders. Eso nunca lo haría un hombre falto de una mano.

Como fuera, no era el momento de reflexionar en tal sentido. Alguien quería quitarle de en medio y tenía que evitarlo. Las consideraciones vendrían después, a su debido tiempo.

El atacante era, eso sí pudo constatarlo relativamente pronto, un hombre alto, corpulento. A quien no había de importarle sufrir un remojón, pues así que pudo le dio un fuerte golpe y le hizo caer al riachuelo. A donde a su vez se lanzó con la evidente intención, por descontado, de ahogarle. O poco menos. Esto no podía saberlo de cierto.

Pero Jimmy Young, que se defendía bien, pero que muy bien cuando tenía los pies sobre el suelo, también sabía hacerlo perfectamente cuando se hallaba entre el líquido elemento. Así que la pelea, desde el primer momento se le

puso difícil a su enemigo, muy difícil.

Desde luego, la pelea no fue una chanza, y el detective se vio obligado a aprovechar todas las oportunidades que tuvo para escurrirse de aquel adversario tan fuerte, y a la vez tan bestia. Tanto que en cierto momento quiso incluso privarle del conocimiento dándole en la cabeza con la suya propia.

Sin embargo, fue Jimmy Young quien consiguió privar del conocimiento a su adversario. No usando su método, por descontado que no, sino dándole con la mano derecha, abierta, debidamente colocada, un certero golpe en la nuca. Un golpe de karate, inapelable de necesidad.

Entonces no le tocó otro remedio que sujetar a su enemigo por la camisa y arrastrarle hasta la orilla. Durante la pelea, se habían alejado de su margen. Dejándole allí hubiera muerto ahogado.

Ya junto a los cañaverales de la orilla, pudo contemplarlo con calma. Resultaba alto y corpulento, relativamente joven, con la nariz chata y con varias cicatrices partiendo sus cejas. Se trataba de aquel ex boxeador que había conocido en casa de Paul Malloy. De quien Maureen dijo que recibió, cuando un nuevo combate se jugaba un título de importancia, un golpe tan desgraciado que se quedó medio tonto, medio idiota.

Le dio de bofetadas en la cara, a derecha e izquierda, queriendo hacerle reaccionar.

— ¡Eh, amigo, vuelva en sí!

Consiguió finalmente que recuperara el conocimiento. Todo el conocimiento que tenía, que por lo visto no era demasiado.

—¿Dónde..., dónde... estoy...? —balbució torpemente, incorporándose un tanto.

—Estaría en el riachuelo, ahogado, siendo arrastrado por las aguas, a no ser porque me he tomado la molestia de traerle hasta aquí —dijo Jimmy Young, cuya respiración, a pesar de la pelea, apenas se había alterado—. Quizá he debido no hacerlo. Usted se ha lanzado sobre mí con la clara intención de matarme.

—No, no —se apresuró a decir—. Sólo con la intención de dejarle K.O.

—Y eso, ¿por qué? —Preguntó el detective—. Usted a mí apenas me conoce. Además, yo a usted no le he hecho nunca nada malo.

—Le diré la verdad —repuso el ex boxeador, con cara de bestia, pero de bestia, pese a todo, inofensiva—. Me han ofrecido cinco monedas de oro si conseguía ganarle el round.

—¿Ah, sí? —inquirió—. ¿Y quién se las ha ofrecido...?

—No puedo decírselo, no lo sé. —Y a pesar de lo absurdo, al parecer, de la respuesta, era enteramente sincero.

—¿Y cómo puede uno explicarse eso? —preguntó Jimmy Young—. Yo no lo entiendo.

—A esa persona la encontré ayer, cerca de la carretera, era ya de noche, estaba muy oscuro, además también había niebla. No pude verle la cara. En cuanto a su voz, se esforzó por cambiarla del todo. Alzó una mano hacia mi

rostro y entonces la abrió. Allí había cinco monedas de oro... Me dijo que me las daría si hoy le salía a usted al paso y le dejaba K.O. Como hacía en mis buenos tiempos de boxeador con mis contrincantes... Porque yo, no hace muchos años, fui un buen boxeador, ¿no lo sabía usted?

—Sí, ya me lo han dicho.

—No debí aceptar la proposición de ese sujeto, ahora me doy cuenta. Le ruego que me disculpe. —Su rostro, entre la niebla, se mostraba sinceramente contrito—. Pero cinco monedas de oro...

—Le disculpo, no se preocupe.

—Es usted muy generoso.

—Pero no vuelva a las andadas, ¿eh?

—¡Oh, no, se lo prometo! Además, tiene usted más fuerza que yo, bien lo ha demostrado...

—Más fuerza no, pero más trucos sí... A propósito, cuando vuelva a encontrarse con ese sujeto, dígale de mi parte que aún no se ha hecho la red con la que él ha de cazarme a mí, pero que sí está ya fabricada, y dispuesta a ser usada, la red en la que él caerá preso irremisiblemente...

—Se lo diré.

—No se olvide. Eso le pondrá aún más nervioso, ¿sabe?

—¿Y desea ponerle nervioso? —preguntó, sin comprender el porqué de su empeño.

—Sí, sí —asintió Jimmy Young. Y aclaró—: Sus nervios, cada uno de esos cordones blanquecinos compuestos de muchos filamentos, que partiendo de su cerebro, de su médula espinal u otros centros, se le distribuyen por todas las partes del cuerpo y son los órganos de su sensibilidad y de su movimiento, antes o después, se aliarán a mi favor... No, no me ha entendido —agregó, viendo la expresión boquiabierta del ex boxeador.

—Creo que no —admitió.

—Bueno, no hace falta que me entienda. Basta con que le repita lo que le he dicho.

—Lo haré. Aunque... —vaciló un poco— creo que seguiré sin saber con quién hablé. Si de nuevo se acerca a mí, la hará de noche, cuando la niebla sea intensa, cuando no pueda reparar en su rostro. Por lo visto desea, ante todo, que ignore su identidad.

—No se esfuerce por averiguarla. Es un buen consejo. No hacerme caso, créame, podría costarle la vida.

—¿La vida?

—Sí, ese tiempo que transcurre desde el nacimiento hasta el día de la muerte. Un tiempo que siempre nos parece corto, pero que a veces, de un modo cruel e inhumano, alguien se propone a cortarnos...

—¿Se refiere a mí? Ya se lo he dicho, no quería matarle, sólo dejarle K.O. Era lo acordado con el hombre de las cinco monedas de oro.

—Ahora no me refería a usted, sino al asesino...

—¿A qué asesino?

—Al de esas cuatro muchachas. —Y amplió, como si tuviera un presentimiento—. Esperemos que no sean más.

* * *

Cuando llegó a la posada y entró en su habitación, sólo estaba pensando en quitarse aquella ropa mojada que le calaba de humedad, y ponerse otra seca.

Hizo lo primero.

Lo segundo no.

¿Por qué...?

Porque allí le esperaba una pelirroja de formas sensacionales, Anita Duffy. Tal como le había prometido. Acudía a su lado dispuesta a pasar un buen rato en su compañía.

—Hubiera querido venir antes, pero no he podido —le dijo.

—¿Y el señor Grey? —preguntó.

—No se preocupe por él, no voy a traicionarle por esto... —Y le confesó —: Yo soy ducha en estos menesteres y sé de sobra cuando un hombre está cansado de mí, o por lo menos cuando empieza a acariciar la idea de cambiarme por otra. Y es el caso del señor Grey. De un momento a otro va a darme el pasaporte. Aunque será un buen pasaporte, porque él, refiriéndose a mujeres, siempre, se muestra muy generoso, eso lo sé de sobra. Pero no se trata de que yo, mientras tanto, pierda el tiempo, ¿no le parece?

Empezó a desabrocharse la blusa y a bajarse la cremallera de la falda.

Jimmy Young estaba ya a su lado dispuesto a ayudarla.

—Me gusta usted mucho, señor Young. Me gusta de un modo bárbaro. —Y ya con la blusa y la falda a sus pies, en el suelo, le tendió los brazos alrededor del cuello. Aunque protestó en el acto—: ¡Uf, qué mojado viene! ¿Se ha estado bañando?

—Sí —dijo él.

—¿Vestido? —se extrañó.

—Ya ve...

—Va a pillar una pulmonía si no se quita la ropa.

—Me la quito ahora mismo, pero, que conste, no por miedo a pillar una pulmonía.

Ya sin ropa él, Anita le volvió a echar los brazos alrededor del cuello. Ella se había desprendido del sujetador y su otra prenda más íntima. Estaba como cuando vino al mundo, sólo que un poco más crecidita.

—Eres pura tentación —musitó Jimmy Young, y su boca buscó con ansia la de ella.

La boca de Anita Duffy le respondió, besando a su vez, mordiendo, excitando al hombre. Las manos de éste empezaron a acariciar el cuerpo de la mujer, sobre todo sus senos, sus pezones, y luego su talle, y seguidamente se fueron hacia abajo, hacia el vello de su pubis, de color oscuro. De lo que se desprendía claramente que lo pelirrojo de su cabellera se debía

exclusivamente al tinte.

—Me gusta la comodidad —dijo Anita, y llevó al hombre hacia la cama.

Aunque no hubiera sido fácil saber si fue Jimmy Young quien la llevó a ella. La verdad es que ambos se hallaban como borrachos. Borrachos de pasión, de deseo.

Instantes después, sobre el lecho, dos cuerpos, hombre y mujer, se agitaban, se revolvían, paladeando hasta el máximo el placer de hacer el amor.

CAPITULO VIII

Eggar Sanders había quedado con el entrecejo pronunciado al ver que el ex boxeador no podía con el detective. El permanecía allí cerca, agazapado entre unos crecidos matorrales, esperando la ocasión de rematarle, de acabar de una vez con su vida.

Así que Jimmy Young quedara K.O. y una vez, asimismo, que el ex boxeador se alejara, saldría de su escondrijo, se acercaría al joven que permanecería sin sentido, y le mandaría al otro mundo en un santiamén. Por eso llevaba aquel cuchillo recién afilado. Bueno, esto era por lo menos lo que se llevaba pensado.

Pero no, las cosas no habían salido a la medida de sus deseos y el detective seguía intacto, tan campante, dispuesto a desenmascararle. Lo que conseguiría, qué duda cabe, si no se daba buena maña en impedirlo. Sí, debería tomar serias precauciones, porque Fredric Ellis tendría una nueva visión y algo, entonces, podía delatarle de la forma más comprometedora. En realidad, estaba convencido de que bastaba poca cosa, poca cosa más, para que Jimmy Young se encarara con él. Para que le acusara abiertamente de aquellas muertes.

Sin embargo, duró poco el descontento de Eggar Sanders. En consecuencia también poco su entrecejo. Ya de regreso a su casa, oyó que alguien iba por la carretera. Oyó que alguien iba silbando.

Reconoció la canción. Era la misma que Fredric Ellis silbaba siempre, antes, cuando estaba ciego y se orientaba moviendo su bastón a derecha e izquierda.

Eggar Sanders pensó que si le eliminaba, si le quitaba de en medio, ya no tendría por qué temer la suspicacia del detective. Ya no habría más visiones extrañas, puesto que muerto Fredric Ellis morirían también, y ya para siempre y de una vez por todas, los ojos de Paul Malloy.

Miró a su alrededor y vio que estaban solos, y que por tal podía actuar sin miedo a ser cogido con las manos en la masa.

En consecuencia, lo que cogió fue el cuchillo que llevaba al cinto y que antes de salir de la serrería había afilado con todo esmero, concienzudamente. Tan concienzudamente y con tanto esmero, que su filo resultaba aún más cortante que una hoja de afeitar.

—Fredric... —le salió al paso—, me veo obligado a hacerlo. Tus ojos ven demasiado y pueden llegar a condenarme...

El aludido se había detenido entre la oscuridad y la niebla, inevitablemente sorprendido de aquella inesperada presencia.

—Sí, yo maté a esas muchachas —reconoció Eggar Sanders—. Y sé que tus ojos, o mejor dicho, los ojos de Paul Malloy, llegarán a delatarme... Así que, lo dicho, me veo obligado a hacerlo...

Se acercó a él con el cuchillo alzado en el aire. Entonces, sólo entonces, se

dio cuenta de que se había precipitado de un modo lamentable. Aquel hombre que iba por la carretera no era Fredric Ellis, sino Basil Grey, el rico comerciante. Lo único en común entre ellos estribaba en aquella canción, que antes siempre tenía en los labios el ciego y que entonces, debía ser de un modo casual, silbaba el amante de Anita Duffy.

—¿Qué ha dicho...? —Basil Grey no parecía dar crédito a lo que acababa de oír—. ¿Que usted es el asesino...?

Pero era una pregunta tonta, aquel cuchillo alzado en el aire ratificaba y daba fe de la veracidad de las palabras oídas. Desgraciadamente era así.

No le dio tiempo a salir de su sorpresa. El brazo armado cayó sobre su cuerpo con una fuerza inusitada, en un golpe que quiso ser mortal a la primera. Pero no lo consiguió, aunque el golpe fue contundente y estuvo bien dirigido.

Basil Grey cayó hacia atrás y allí se quedó, sobre el asfalto, respirando dificultosamente, a duras penas. De su pecho había surgido un chorro de sangre, con tanta potencia como si allí hubiera una tubería que de súbito se hubiera desembozado.

No había que dilatarse. Urgía acabar con aquella peligrosa situación. Eggar Sanders lo sabía.

Así que volvió a alzar el cuchillo, dispuesto, claro está, a volver a descargar su segundo golpe.

Sin embargo, antes de hacerlo, Basil Grey consiguió articular estas suplicantes palabras.

—No me mate y le daré dinero, mucho dinero... Entonces, al ser rico, todas las mujeres querrán casarse con usted... No me mate y podrá elegir entre las más guapas...

La sola idea de que así pudiera ser, deleitó a Eggar Sanders. Pensar en eso era una pura delicia, un exquisito goce, una suprema complacencia. Tanto es así, que por unos instantes su mano quedó suspendida en el aire.

Pero pronto, muy pronto, comprendió que no podía fiarse de aquel hombre. Una vez a salvo, hablaría, le delataría, lo echaría todo a rodar.

La mano descendió de nuevo. Con brutal impulso. No podía hacer otra cosa si quería, al menos de momento, seguir libre de sospechas.

Esta vez el cuchillo le atravesó el corazón, partiéndoselo en dos. Era fácil comprenderlo así ante lo fulminante, lo radical, lo drástico de la súbita inmovilidad de Basil Grey.

—Mejor así —musitó Eggar Sanders—. Hubiera sido desagradable tener que hacerlo una y otra vez... Mejor acabar pronto...

Limpió el cuchillo en las mismas ropas del muerto y ya seco y brillante se lo volvió a poner al cinto.

Poco después, llegaba a su casa, pero en esta ocasión no se quedó exactamente allí, sino que se dirigió a la serrería.

—Mientras no esté la cena.,. —le había dicho a su madre.

A veces le atraía la serrería, si bien, en honor a la verdad, era de un modo

morboso. Sin duda se debía a que recordaba aquel día, cuando su padre puso en marcha la sierra eléctrica y él, en un torpe traspié cayó allí... Para no caer del todo, alargó la mano izquierda. Un modo inconsciente de autodefenderse. La mano quedó segada y él gritó como un poseso.

Pero en esta ocasión, Eggar Sanders quiso ir allí por una sola razón, por un solo motivo. Para poner en marcha la palanca que accionaba la sierra eléctrica, porque, cuando funcionaba, hacía mucho ruido. Era un estridente chirriar que lo llenaba todo.

Y Eggar Sanders, ahora, necesita quitar de sus oídos la voz de Basil Grey, el rico comerciante. Necesitaba no oír sus palabras, con las cuales le había ofrecido dinero, mucho dinero, para que pudiera elegir entre las muchachas más guapas.

Sin embargo, ni el chirriar de la sierra eléctrica colocada cerca del ventanuco que comunicaba con el tejado de la casa contigua consiguió aturdirle.

Pero, bueno, lo importante era que Basil Grey ya no vivía y que, por tanto, no podría hablar.

No obstante, tendría que pensar en eliminar a Fredric Ellis. Sentía miedo de sus ojos, pánico, terror. Sabía que eran los ojos de Paul Malloy y que éste había muerto odiándole.

Por lo visto, su incontenible odio había quedado incrustado en aquellas pupilas, en aquellas córneas. ¿Cómo, si no, explicarse que sus ojos vieran en el pasado...? La explicación era ésa, debía ser ésa. No encontraba otra.

Aunque, claro, la verdad es que se sentía tan asustado que le costaba calibrar la propia situación. No, no había contado con que Paul Malloy, después de muerto, pudiera ser su perdición.

* * *

Nada le había respondido Maureen. Los dos días acordados aún no habían concluido, pero él sabía ya que la respuesta iba a ser una negativa. No quería casarse. Con una excusa mejor o peor, le despreciaría, le rechazaría. Lo mismo que habían hecho las otras.

Por eso, porque estaba convencido de que no tenía nada bueno que esperar de Maureen, empezó a pensar en Kim. Apenas tenía quince años y bien mirado era todavía una niña, pero a lo mejor... Quizá, por haber perdido a su padre y luego a su hermana, por el hecho de haberse quedado tan sola, tan desamparada, le miraría con buenos ojos.

Alzó la palanca y la sierra eléctrica dejó de funcionar. Dejó, asimismo, de chirriar. Ese chirriar estridente que taladraba los tímpanos a quienes no estaban acostumbrados a su sonido. Después subió la estrecha escalera que daba acceso a una puerta baja. De allí se pasaba al interior de la vivienda.

Esperaría, en el comedor, a que su madre sirviera la cena. Mientras tanto pensaría en Kim, y en lo que le convenía hacer al respecto.

Pero apenas estuvo allí, en el comedor de la casa, le dio por mirar a través de los cristales de la ventana, hacia la calle, y entonces la vio, precisamente a ella, a Kim, que aceleraba el paso.

Sin duda la muchacha se daba cuenta de que se le había hecho demasiado tarde. Sin duda comprendía que debería estar ya donde ningún mal pudiera acecharle.

Rápido, Eggar Sanders salió a la calle, apresuró el paso y la alcanzó.

—¡Buenas noches, Kim!

—Hola, Eggar.

—Me alegro de verte.

—Y yo a ti.

—Es un poco tarde... No debieras ir sola a estas horas por la calle. Lo considero una imprudencia.

—¿Sí...? —y recordó al asesino de aquellas tres muchachas, y de su propia hermana.

—Claro —y Eggar Sanders añadió—: Te acompaño, si me lo permites.

—No quisiera molestarte...

—No es ninguna molestia, Kim. Por el contrario, estar en tu compañía es un placer muy grande para mí, te lo aseguro.

Le miró con los ojos muy abiertos. Era como si no hubiera terminado de comprender lo que le decía. Mientras tanto, andaban, y a buen paso. Era cosa de llegar lo antes posible. La noche era cada vez más cerrada. La niebla era cada vez más intensa.

—Quiero decir... —aclaró él— que siento verdadera simpatía por ti.

—Gracias.

—Pero, claro, me doy cuenta, es más que simpatía —manifestó—. ¿Te das cuenta tú,

Kim?

—No sé lo que quieres decir...

—Eres muy guapa, guapísima —repuso Eggar Sanders tras unos segundos de pausa—. Sólo tienes quince años, ya lo sé. Son muy pocos para pensar ya en ciertas cosas... Pero yo me he enamorado de ti, ¿sabes? No he podido evitarlo.

Temió que Kim le dijera que estas palabras, u otras muy parecidas, las había pronunciado ya en honor de su hermana Vivien. Pero lo cierto es que confiaba en que Vivien no hubiera contado nada a su padre y menos a su hermana. Vivien era una muchacha muy introvertida, sumamente reservada. Quedó confirmada su suposición. Kim sólo le respondió:

—¿Estás enamorado de mí...?

—Si tú me quieres un poco, podríamos hacernos novios. Ya esperaríamos lo preciso. Mientras tanto, yo te ayudaría económicamente, la serrería me proporciona buenas ganancias y no tendría sentido que, siendo mi futura esposa, pasaras privaciones. ¿Qué te parece, Kim?

A Kim no le pareció mal. Vivía angustiada con su soledad y con la falta de

recursos económicos que día a día se le iba a hacer más acuciante. Estaba preocupada con vivir tan sola, sin que nadie, si se presentara el caso, estuviera dispuesto a defenderla. En aquel momento no pensó en lo poco que Eggar Sanders valía físicamente. Tampoco pensó en que le faltaba una mano.

Aún pensó menos en los consejos que Jimmy Young le había dado. ¿Cómo desconfiar de un hombre que acababa de decirle que estaba enamorado de ella y que deseaba casarse...?

—Me parece, Eggar, que ahora me siento mejor... —contestó.

—¿Lo dices de veras? —Casi no podía creerlo después del rechazo, del desprecio de aquellas otras cuatro muchachas.

—Muy de veras. Es agradable ver que interesas sinceramente a alguien.

—Me haces muy feliz, Kim. Estaba temiendo que no quisieras saber nada de mí, que te burlaras de mi amor.

—¿Por qué iba a burlarme?

—Por pretenderte a pesar de... de... —se detuvo.

—¿A pesar de qué? —quiso saber.

—De que me falta una mano.

En aquel momento, Kim cayó en la cuenta de ello. Hasta entonces no lo había pensado. Ni ocurrírsele.

—No le des tanta importancia a eso... —musitó.

Como no habían detenido el paso, estaban ya cerca de la casa de la muchacha.

Ya allí, ante la puerta, Eggar Sanders le preguntó.

—¿Puedo pasar un momento?

Kim fue a decirle que no. Desde luego, no era hora de que un hombre entrara en su casa, podían verle y de resultas de ello no salir muy bien librada su reputación. Pero hacía frío, la niebla se calaba hasta los huesos, y pensó que no estaría de más que le ofreciera una copa.

—Sí, pasa. Te serviré un coñac.

—Te lo agradezco, Kim.

Ya adentro, con las luces encendidas, Kim reparó más en la mano de Eggar Sanders. En la mano izquierda, que sabía que era de aluminio y que ahora, como siempre, llevaba cubierta con un guante oscuro.

Pensó que se había precipitado al aceptarle, o por lo menos al medio aceptarle. Porque la conversación sostenida había equivalido a un sí, o a poco menos, qué duda cabe.

Se dispuso a servirle el coñac, no queriendo que Eggar Sanders pudiera darse cuenta de la intensidad de su mirada sobre su inexistente mano.

Pero ya era tarde, y Eggar Sanders se había percatado de su cambio. Un cambio harto elocuente, que, por descontado, no había podido pasarle desapercibido.

No obstante, creyó lo más conveniente hacer ver que no reparaba en nada, y se dirigió hacia la copa de coñac que ya tenía servida.

Sin embargo, cuando más se estaba esforzando por suavizar la situación,

fue cuando sucedió el incidente. Por calificarlo de alguna manera. Tropezó con la esquina de la mesa. No tropezó con el cuerpo, sino con la mano izquierda. Un golpe seco. Y la consecuencia fue que su mano de aluminio, que por lo visto aquel día no se la había sujetado debidamente, saltando de su sitio. Saltara a más de un metro de distancia, acompañada de su guante oscuro, quedando inmóvil en el suelo.

Kim no pudo contenerse y gritó.

Puso una expresión tan de horror, que bastó por sí sola. Un horrible estremecimiento le había recorrido el cuerpo desde la punta de los pies hasta el último de sus cabellos.

Entonces supo que, por mucho que Eggar Sanders estuviera dispuesto a ayudarla económicamente, ella jamás se casaría con él. Antes con cualquier otro.

Eggar Sanders la miró con incontenible rencor.

La escena se repetía.

No del mismo modo. No de parecida forma. Pero se repetía, implacable, inexorable. Esta era la verdad. La única y estremecedora verdad.

—No has debido gritar así —le dijo.

El rencor incontenible e iracundo que había en sus ojos asustó a la muchacha. La asustó tanto que le dieron ganas de echarse a llorar. No como una mujer, sino como una niña. Como lo que en realidad era.

—Discúlpame... —rogó.

—Has sentido horror de mí, ¿verdad? —la increpó, y llegando hasta ella la sujetó por el hombro izquierdo, con la mano derecha, y la zarandeó brutalmente.

—No, no...

—¡Pues vas a pagarlo caro! —exclamó Eggar Sanders colérico, enfurecido, incontrolado. Y puesto que ya había decidido lo que tenía que hacer con la muchacha, no le importó añadir—: ¡Como lo pagaron Bárbara, Linda, Rosalie...! ¡Como lo pagó Vivien!

—¿Qué dices? —inquirió la chiquilla, que notó que sus piernas se doblaban.

—Lo que has oído —replicó Eggar Sanders—. No hace falta repetirlo. Pero para que no te preocupes, contigo no seré tan malo... Contigo actuaré de un modo mejor, más rápido. No puedo darme el lujo de perder tiempo. Temo a ese entrometido de detective que ha contratado Maureen.

Se llevó la mano al cinto, empuñando el cuchillo recién afilado. Lo alzó en el aire.

—¡No! ¡No! —gimoteó Kim, cayendo de rodillas a sus pies.

Se sintió incapaz de nada más. ¿A qué gritar si nadie iba a oírla? ¿Acaso oyeron a Vivien y ella, sin duda, debió gritar con todas sus fuerzas?

Confiaba, tal vez, en merecer la compasión de aquel hombre que pocos instantes antes le había dicho que estaba enamorado de ella. ¡Pero cómo relucían, de pura demencia y desvarío, aquellos ojos de mirada asesina! Era

inútil que se hiciera ilusiones. Tenía quince años. No cumpliría los dieciséis.

—¡No! ¡No! —gimoteó de nuevo.

Eggar Sanders descendió el cuchillo a gran velocidad. Ella se echó hacia adelante al ver la trayectoria que llevaba aquel cortante cuchillo, encogiéndose como un caracol, de un modo que de absurdo lo tuvo todo. Como si haciéndolo así fuera a salvarse de algo.

No se salvó de nada.

Sólo hubo una diferencia, que el cuchillo, en lugar de incrustársele en el pecho, se le hundió en el cuello, en la nuca.

Se le incrustó tanto, que allí quedó metido, hasta su mismísima empuñadura.

El cuerpo de Kim se desplomó.

Ya no volvió a moverse.

Instantes después, Eggar Sanders recuperaba el cuchillo.

—Ahora sólo me queda en confiar en Maureen... —murmuró, echando una última mirada a la muerta, y tras haber recogido su mano de aluminio y su guante—. Sólo me queda ella... Las demás no son guapas...Las demás no me gustan...

CAPITULO IX

Dos crímenes en la noche. Los habitantes de Macksontton quedaron aterrorizados.

Eggar Sanders se mostraba sereno y compartía ante los demás su horror ante los hechos sucedidos, que formaban parte de una espeluznante cadena de insólitas e incomprensibles muertes.

Pero Eggar Sanders no estaba tranquilo. No lo estaría mientras Fredric Ellis viviera, es decir, mientras siguieran viendo los ojos de Paul Malloy. Tampoco podía estar tranquilo mientras merodeara a su alrededor Jimmy Young. Ese detective le cortaba la respiración. Veía demasiada intuición, perspicacia y sagacidad en la agudeza de su mirada. Además, sabía por unos y otros que iba de aquí para allá preguntando, indagando, metiéndose demasiado en todo aquello.

En consecuencia, Eggar Sanders decidió hablar claramente con su madre. Por lo menos lo suficientemente claro para saber que tenía en ella una incondicional aliada.

—Madre.

—Dime, hijo mío.

—Si te preguntan, la noche que murió asesinado el señor Grey, Basil Grey, el comerciante, yo estaba aquí, contigo, en este comedor. Sólo salí al ver a Kim a través de la ventana, pero regresé a los dos o tres minutos... ¿Me has entendido, madre?

—Pero esto que dices —tembló la voz de la infeliz mujer— no es cierto. Viniste tarde, y luego, cuando saliste para hablar con Kim, te alejaste con ella y estuviste mucho rato fuera.

—Si te preguntan —se impacientó Eggar Sanders—, afirmarás rotundamente lo que yo te he dicho.

—Pero... si no..., si no...

—¡Dirás eso! —Elevó la voz—. ¡Tienes que decirlo, porque de lo contrario vas a complicarme la vida!

—¿Qué me das a entender...? —temblaba aún más la voz de aquella pobre madre, que desde hacía ya mucho recelaba de aquel hijo suyo, lo único que le quedaba en el mundo—. ¿Que pueden creer que fuiste tú quien... quien...?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó—. Pueden creerlo y eso significaría mi perdición. Me detendrían, me condenarían. No querrás que me ahorquen, ¿verdad?

—Pero tú..., tú..., ¿cómo has podido..., ser capaz...? —Y añadió—: También fuiste tú quien mató a Bárbara, Linda, Rosalie, Vivien y Kim...

—Tú di, afirma, ratifica lo que yo a mi vez diré, y nada malo me pasará. ¿Quedamos de acuerdo, madre? ¿Puedo confiar plenamente en ti?

—Sí, sí... —asintió, pero aunque movía la cabeza en sentido afirmativo demostrando que estaba viva, lo cierto es que se había puesto pálida, lívida, lo mismo que si acabara de morir.

—Y si te preguntan por mi otro guante, di que no sabes nada. Sólo eso. No digas que yo te dije que lo tiré porque era demasiado oscuro.

—Sí, hijo —asintió de nuevo.

—Yo diré, si me preguntan, que lo perdí. De esto no me sacará nadie.

—Sí, hijo.

Sabiendo ya que su madre secundaría en todo sus propias aseveraciones, y que por ese lado, pues, no debía albergar temores de ninguna clase, respiró más hondo. Le estaba haciendo falta.

Pero no, no respiraría del todo a gusto mientras Fredric Bilis viviera. Por más vueltas que le daba al asunto, siempre acababa en lo mismo. Tenía que matarle. Tenía que quitarle de en medio.

Sin embargo, debía meditar bien sobre la manera de hacerlo. Todas las precauciones serían pocas. Ese detective que Maureen había contratado, no era nada de fiar. Podía darle un disgusto si no iba con cuidado.

Mientras pensaba con relativa calma en el modo de llevar a cabo con impunidad sus propósitos, lo mejor que podía hacer era ir a hablar con Maureen. Le interesaba saber, de fijo, cuál era su respuesta.

Daba por descontado que sería una negativa, que la muchacha no querría casarse con él por nada del mundo. Pero era preciso que ella misma se lo dijera. No, no bastaba que él se lo estuviera imaginando así.

Se acercó a su casa a eso del mediodía.

Llamó a la puerta.

La muchacha le abrió poco después, poniéndose muy nerviosa al ver de quién se trataba. Poniéndose tan nerviosa a pesar de la gente, amigos y vecinos, que transitaban por la calle, que sólo acertó a decirle:

—No te ofrezco pasar, Eggar, porque precisamente iba a salir...

—Para lo que vengo, Maureen, no me hace falta pasar. Podemos muy bien hablar aquí. Se trata simplemente de que crucemos un par de palabras.

—Sí, Eggar —contestó con poca voz.

—Supongo que te imaginas a qué vengo, a saber tu respuesta. Ya han pasado los dos días y aún no me has dicho nada, ni en sentido afirmativo ni negativo...

—Tienes razón, Eggar, aún no te he respondido nada —respondió aún con menos voz.

—Creo que ha llegado el momento de que lo hagas, ¿no te parece, Maureen? No voy a estar esperando toda la vida.

—No hace tanto que me propusiste...

—Bueno, dime lo que sea de una vez —la apremió. Allí mismo, junto a la puerta entreabierta, Maureen Davis cargó de aire sus pulmones y se decidió a hacer frente a la ardua y espinosa situación. Demasiado espinosa y ardua, evidentemente, para que pudiera comportarse de un modo natural.

—Lo lamento mucho, Eggar, pero estoy enamorada de otro. De no estarlo —añadió— te diría que sí, no lo dudes. Eres un muchacho muy agradable, al que siempre he apreciado de veras.

Había intentado que su negativa no sonara a tal, pero por descontado inútilmente. Quedó claro que, como futuro marido, aquel hombre no le interesaba lo más mínimo.

—No intentes suavizarme la píldora, Maureen. En realidad te comprendo. Eres una muchacha monísima y es lógico que esperes un mejor partido que yo. —La voz de Eggar Sanders no se había alterado.

Pero un rencor profundo brillaba ya en sus pupilas. Un rencor concentrado que hablaba de la necesidad de matar. Sólo haciéndolo habría de calmarse su rabia, su resquemor.

Los dientes de Maureen empezaron a dar unos contra otros.

—Te he dicho ya, Eggar, que estoy enamorada de otro. Se trata de esto, no te imagines algo distinto...

—¿Y quién es él? ¿Quién es el afortunado? —preguntó de súbito, queriendo cogerla desprevenida.

La cogió. Se quedó cortada, sin saber qué responder. No había pensado en la posibilidad de tener que dar un nombre. Pero finalmente acertó a responder:

—Jimmy Young.

—¿El detective?

—Sí, sí...

Maureen se dijo que, bien mirada la cuestión, no le había mentido. Si no estaba enamorada de Jimmy Young, muy poco faltaba para ello. Tan poco que valía más se confesara a sí misma que ya había encontrado al hombre de su vida.

—¿Sois ya novios? —preguntó seguidamente Eggar Sanders.

—Sí —repuso ella, queriendo con su afirmación dar más valor a su respuesta.

—Así que le vea, le felicitaré. Ha tenido suerte. Va a llevarse a una de las chicas más guapas de la localidad.

—Sí, es posible... Es posible —admitió—, ahora que ya no existe Bárbara, ni Linda, ni Rosalie... Ni tampoco Vivien y Kim... —Y de pronto—: ¿Quién crees tú, Eggar, que es el asesino?

—Me gustaría saberlo para decírselo a la policía.

—Una policía que, por el motivo que sea, de momento no se muestra muy competente.

—Otro tanto puedes decir de tu detective, ¿no crees? —Ahora ironizó—: Tiene mucha planta, mucha fachada, pero de ahí no pasa. Desde que está aquí aún no ha averiguado nada.

—¿Tú crees...? —Y quiso ponerle el alma en un hilo.

Lo consiguió. Por descontado que sí. Para darse cuenta de ello, bastó con reparar en su pestañeo. Un pestañeo nervioso e insistente que daba al traste, qué duda cabe, con su aparente calma.

—¿Acaso ha averiguado algo? —inquirió.

—Sí... —se limitó a decir.

—¿Qué?

—Que la solución llegará pronto —de nuevo fue breve y concisa su respuesta.

—¿Cómo llegará? —volvió a preguntar, y seguía, a pesar suyo, su pestañeo.

—Por sí sola —dijo Maureen Davis—. Los ojos de Fredric Ellis ven en el pasado... Ven en el pasado —repitió— porque son los ojos de Paul Malloy... Y como sea que Paul Malloy presenció la violación y el asesinato cometido en su hija Vivien, todo quedará claro... Por eso Jimmy Young, tranquilo, sereno, imperturbable, sigue a la espera... Los ojos de Paul Malloy no han muerto, ¿lo comprendes, Eggar?

—Adiós, Maureen —se despidió, sin más.

* * *

Jimmy Young había pensado en ir a hablar con la madre de Eggar Sanders, un diálogo con ella podía resultar fructífero. Pero desistió de su idea al pensárselo mejor y llegar al convencimiento de que poco, o nada, sacaría en claro. La tal señora habría sido debidamente asesorada por su hijo y sólo diría lo que a éste le interesaría que dijera. Esto podía darlo por descontado. Así pues, preferible no dar ese paso que, por lo demás, pondría más en guardia al asesino.

Porque era el asesino. Hacía ya mucho que lo sabía, y se ratificaba en su opinión, sin lugar a dudas, conforme los hechos y las circunstancias se iban desarrollando.

Jimmy Young se hallaba en su habitación de la posada. Acababa de encender un cigarrillo, mientras trenzaba con esmero el plan a seguir. Ese plan en el que el culpable caería de bruces contra la trampa que se le estaba tendiendo. Pero hacía falta organizarlo todo bien, de ello dependía el resultado.

Oyó unos golpecitos a la puerta.

—Adelante.

Creyó que iba a ver al posadero. No se imaginaba que pudiera tratarse de otra persona.

Pero la puerta se abrió y fue Anita Duffy quien se dejó ver bajo el dintel. Tan pelirroja, exuberante y atractiva como siempre. Aunque, en honor a la verdad, con cierta tristeza reflejada en su expresión.

—Hola —fue su saludo.

—No la esperaba... —reconoció abiertamente.

—Voy a irme de Macksontton —dijo ella, tras adelantar unos pasos—. Ya nada tengo que hacer aquí.

—Lo comprendo.

—He venido a preguntarle si le gustaría acompañarme...

—Me gustaría, pero mis obligaciones me retienen aquí. Me retendrán aquí —aclaró— mientras no quede desenmascarado el asesino de esas muchachas

y del señor Grey...

—Supone que se trata del mismo criminal, ¿no es eso?

—Por descontado.

—Entonces, si no puede acompañarme, me iré sola. No me esperaba un final tan triste —reconoció—. He perdido a mi mejor y más generoso amigo, y usted, por su parte, se niega a consolarme...

—La obligación me ata aquí.

—No será, por casualidad —demostró no tener nada de tonta—, algo más que la obligación. Es muy guapa la muchacha que ha contratado sus servicios, he podido darme cuenta de ello.

—Sí, es muy guapa —convino Jimmy Young—, y reconozco que me cae muy bien. Sí, puede que tenga razón, quizá me ata aquí algo más que la obligación.

—Le agradezco su sinceridad. No me gusta vivir de falsas esperanzas. En fin —dio un suspiro—, sólo me queda una cosa por decirle, que me voy de aquí confiando en usted, en que descubra al asesino... —Y añadió—: Durante más de dos años, Basil Grey había sido muy bueno y generoso conmigo. Lo cierto es que me costará encontrar otro como él. No quisiera que ese crimen quedara impune...

—No quedará, delo por hecho. —Su tono era firme, seguro.

—Si sabe desempeñar su tarea de detective tan bien como sabe hacer el amor —sonrió Anita Duffy—, doy por descontado que se saldrá con la suya. Bueno, adiós.

—Adiós —se despidió él.

Al poco se habían separado.

Posiblemente sería para siempre.

—Adelante.

Creyó, de nuevo, que iba a ser el posadero. ¿Quién, si no, podía ser?

Pero la puerta se abrió y en esta ocasión fue Maureen Davis quien se dejó ver bajo el dintel. Llegaba palidísima.

—Señor Young... —consiguió apenas articular.

—¿Qué sucede? —se alarmó al verla de aquella guisa.

—Lo peor que podía sucederme —repuso ella.

—Dígame.

—Eggar Sanders ha venido a mi casa, a saber mi respuesta, a saber si quiero o no casarme con él. No me ha permitido dar largas al asunto, así que no me ha dejado otra opción que responderle que no...

—¿Y cómo ha reaccionado? —quiso saber el detective.

—Se ha esforzado por reaccionar bien, pero la mirada le ha traicionado. Pero aunque así no hubiera sido, yo ya sé que de él no puedo fiarme, porque ese hombre es el asesino y lo que ha hecho una y otra vez, me consta que está dispuesto a repetirlo...

—No lo dude —afirmó Jimmy Young.

—¿Esos son todos los ánimos que me da? —se lamentó la muchacha.

—¿Qué quiere que le diga, que usted tranquila, que nada le pasará? Pues no, no se lo digo, habiendo llegado las cosas a este punto, se halla, ésta es la verdad, ante un terrible dilema... Para que no exista peligro para usted, sólo veo una salida.

—Dígame cuál es, la llevaré a cabo.

—No va a gustarle.

—Sí, sí, con tal...

—Déjeme pasar la noche en su casa.

—¡Ah, no! —exclamó ella—. ¡Eso sí que no! ¡Ni lo piense! ¡Ni se le ocurra!

—Que pase la noche en su casa, no quiere decir necesariamente que la pase en su cama...

—Eso ya está mejor —empezó a sonreír.

—Tiene un sofá, ¿no? Me conformaré con eso. Aunque si me levanto con tortícolis, la culpa será suya, sólo suya, así que en tal caso aumentaré mis honorarios.

—De acuerdo.

—O le pediré a cambio un beso.

—Me parece razonable —sonrió Maureen ya del todo.

CAPITULO X

Ya había hecho lo preciso, así que Eggar Sanders decidió dar por finalizada su jornada de trabajo en la serrería.

Fue precisamente en aquel momento, antes de bajar y cerrar la puerta metálica que daba a la callejuela, cuando vio que por allí se acercaba el ex boxeador.

Este fue directamente a su encuentro.

—Me han dado esto para usted —le dijo, y puso un papel entre sus manos —. Tómelo y léalo.

Eggar Sanders, más extrañado que nada, desdobló el papel y lo leyó. Ponía simplemente:

«Te espero en casa. Hemos de hablar.»

—Pero ¿quién te ha entregado este papel? —preguntó Eggar Sanders, realmente no sabiendo qué pensar, pues el escrito no venía firmado.

—Fredric... Fredric Ellis —contestó el ex boxeador con su expresión habitualmente bobalicona—. Ya sabes quién es, ¿no? El que hasta hace poco estaba ciego...

—¿Fredric Ellis? —se estremeció—. ¿Y para qué me cita en su casa? ¿Qué es lo que quiere? ¿Te lo ha dicho...?

—A mí no me ha dicho nada —contestó el ex boxeador—. Sólo que le entregara este papel y que lo hiciera con discreción, cuando no hubiera nadie. Así lo he hecho.

Eggar Sanders buscaba la ocasión de hallarse con Fredric Ellis, cara a cara. Para eliminarlo. Para acabar con él. Pero una cosa era que él buscara la oportunidad propicia a sus propósitos, y otra distinta que fuera el propio Fredric Ellis quien le pidiera que fuera a visitarle. Esto no le gustaba nada. Le sonaba mal.

—Bueno, iré en seguida —respondió.

No le quedaba otra solución mejor que acudir allí y saber de qué se trataba. Así sabría a qué atenerse.

Salió de la serrería por la puerta que daba a la callejuela, no molestándose en cerrar. Como la casa de Fredric Ellis se hallaba cerca de allí, que ya bajaría la puerta metálica cuando volviera, no temía que en tan poco tiempo alguien pudiera robarle.

Aunque el motivo de que se fiara, era, evidentemente, distinto. Le dominaba la ansiedad, la inquietud, la impaciencia. ¿Qué podía querer Fredric Ellis, precisamente él...?

Cuando llegó a la puerta de su casa, le encontró en el umbral, aguardándole. Su expresión resultaba inescrutable.

—Puedes pasar. Estoy solo.

Eggar Sanders se adentró en la vivienda. No había nadie en el vestíbulo ni tampoco en la pieza principal. No, no estaba allí la hermana de Fredric Ellis, una buena hermana que siempre hasta entonces había sido su protección y ayuda. No, claro que no estaba. Ahora recordaba que, apenas haría unos minutos, la había visto pasar ante la puerta de la serrería. Sin duda había ido a ver a una amiga suya que vivía cerca del descampado.

—Si quieres sentarte... —ofreció Fredric Ellis, mirándole con fijeza.

Una fijeza que hizo que Eggar Sanders se inquietara aún más. Quizá porque en esa mirada había odio. El mismo odio con que le miraba Paul Malloy mientras él violaba a su hija Vivien, y cuando, después, le metió las brasas candentes en la boca, en los ojos y en la garganta.

—Estoy bien de pie —le respondió—. ¿Qué quieres...?

Le respondió con otra pregunta:

—¿Acaso no te lo imaginas...?

—No.

—Será mejor que te lo diga sin rodeos, Eggar. He vuelto a tener otra de aquellas visiones... Esas visiones que ven más allá de lo que se halla ante mí, que se meten en el pasado...

—¡No creo en esas cosas! —exclamó, pero se retorció tanto las manos que los dedos le crujieron—. ¡No creo en historias absurdas, y te lo dije...!

—Me ceñiré estrictamente a mi visión —dijo Fredric Ellis—, y tú me dirás, al final, si son o no historias absurdas...

Los ojos de Fredric Ellis le miraban con un terrible y escalofriante odio. Bueno, por lo menos le miraban así los ojos de Paul Malloy. Lo cierto es que en el resto de aquella expresión no había animosidad ninguna. Todo lo contrario.

Corroboró esa sensación el hecho que dijera.

—No debes asustarte, Eggar. Como yo tengo poco dinero, estoy dispuesto a llegar contigo a un acuerdo razonable.

—¿A un acuerdo? ¿Qué quieres decir...?

—Te hablé el otro día, de que en una de mis visiones había visto que Vivien te abría la puerta de su casa y de que tú entrabas... La chimenea estaba encendida, ardía un espléndido fuego... Veía la alfombra que cubría el suelo de la estancia... Pero no, no conseguía ver nada más...

—Recuerdo que me lo explicaste. —La saliva empezó a amontonársele en la boca.

—Pues ha sucedido lo que dijo ese Jimmy Young, el detective. Ha llegado el día, el momento, en que la visión ha surgido de pronto, perfecta, íntegra.

—No puedo... puedo... creerlo... —balbució Eggar Sanders.

—Por lo visto, como asimismo dijo ese Jimmy Young, los ojos de Paul Malloy, lo mismo que una cámara cinematográfica, captaron los hechos y ahora reflejan...

—¡No! —gritó descompuesto.

—Sí, sí... Y voy a referirte lo que sucedió —Fredric Ellis hablaba con el

tono de quien sabe que todo está a su favor— para que te des cuenta de que no se trata de ningún engaño. Yo por mi parte —agregó— no tengo miedo. No, no te lo tengo. Yo vivo en un lugar céntrico, rodeado de vecinos, y si intentaras algo malo contra mí, gritaría, y me oirían a la primera. Así que, escúchame con calma... No, no te intranquilices, te lo he dicho al principio, podemos fácilmente llegar a un acuerdo...

—Quieres ponerme nervioso, ¿no es eso? —inquirió—. No sé, verdaderamente, lo que estás pretendiendo. ¡Yo no tengo nada que ver con tus visiones! ¡Absurdas, ridículas e inaceptables visiones!

—Llamaste y te abrió Vivien... —empezó a explicar Fredric Ellis—. La chimenea ardía crepitante, bajo los troncos abundaban las brasas. De momento no pasó nada, pero luego, de pronto, la alfombra que cubría el suelo se movió, se arrugó... ¿Qué pasaba? Te habías lanzado sobre Vivien, estabais los dos en el suelo, forcejeando... Al poco, a ella la he visto abrir mucho la boca, sin duda porque gritaba como una desesperada... Hasta que tú, queriendo acabar de una vez con sus gritos, has alargado la mano izquierda, tu mano de aluminio, y has cogido una brasa. No has sentido dolor, claro que no... Tu mano es insensible, así que sólo te has quemado el guante... Y has cogido la brasa, y se la has metido en la boca... Después has hecho con ella lo que te ha venido en gana... Ella no te ha ofrecido resistencia, claro que no, estaba desvanecida. Después, de nuevo, has alargado tu mano izquierda y has cogido una nueva brasa, esta vez metiéndosela primero en un ojo y luego en el otro y finalmente...

—¡Basta! ¡Calla ya! —barbotó Eggar Sanders, con los nervios destrozados.

—¿Por qué he de callar, si mi visión ha sido tan clara, tan nítida, que ya no me quedan dudas sobre la identidad del asesino? —Fredric Ellis dominaba la situación, evidentemente. Agregó al poco—: Y sabido que fuiste tú, Eggar, quien mataste a Vivien, me cuesta poco imaginar quién fue la persona que acabó con Bárbara, Linda, Rosalie... Y luego con Kim... ¿Qué pasó, Eggar, todas te rechazaron y tú no te ves capaz de soportarlo? Sí, claro, por eso actúas así...

Eggar Sanders se quedó con los labios fruncidos, apretados, preguntándose cómo podría salir de aquella ratonera. Porque era toda una ratonera. Hasta que finalmente explotó:

—¡Sí, yo las maté a todas! ¡No podía soportar su menosprecio! ¡No podía! —pero se calmó, diciendo seguidamente—: Has hablado de llegar a un acuerdo razonable, ¿no?

—Sí, eso he dicho. Si me das cada semana la mitad de las ganancias de la serrería, yo me lo callaré todo... ¿Por qué no hacerlo? Me tiene cuenta.

—De acuerdo. Te daré la mitad de lo que gane. —Pero sólo pretendía ganar tiempo.

Después ya se las arreglaría para no tener que depender de él. Si ya tenía tantas muertes sobre sus espaldas, ¿qué importancia podía tener una más?

Pero no contaba con algo.

* * *

Con algo tan inesperado como fue la súbita presencia de Jimmy Young y del inspector de policía, y de dos de sus hombres. Acababa de abrirse una de las puertas que daban al salón, que hasta entonces había permanecido cerrada, apareciendo los cuatro.

—Sabía que había sido así... —dijo Jimmy Young—. Y por eso sabía que esta escena no fallaría... Convencido de ello, le he pedido al inspector que viniera a presenciarla...

Al verse cogido en la trampa, Eggar Sanders masculló una imprecación, al tiempo que, instintivamente, retrocedía un par de pasos.

—¡Hijos de puta!

—Si el asesino metió una brasa en la boca de Vivien, y otras en sus ojos y otra en su garganta, ¿cómo las cogió? Me refiero a las brasas, claro —Jimmy Young se daba el gusto de explicárselo—. Las tenazas de la chimenea no habían sido tocadas, los ceniceros tampoco, los pequeños platos que adornaban las paredes, tampoco... ¿Con qué objeto, pues, pudo cogerlas? Qué duda cabe, su mano de aluminio era la respuesta... Una mano insensible al fuego... Así que, señor Sanders, desde el primer momento he comprendido que el asesino era usted. Pero, qué duda cabe, había que demostrarlo...

Se detuvo unos breves instantes.

Prosiguió:

—Cuando supe que los ojos de Paul Malloy iban a devolver la vista a Fredric Ellis, fui a verle. Sería fácil fingir que sus nuevos ojos le hacían ver hechos del pasado... Sería fácil, sobre todo, si nos acogíamos a dos circunstancias... Esto es, a que el propio Paul Malloy había dicho en una ocasión a Fredric Ellis que le encontró a usted, Eggar, acariciando una cuerda que sacó de debajo de unas tablas de la serrería... Y que el propio Paul Malloy le había explicado en otra ocasión que el día que estaba en el camerino de Anita Duffy, fue el día, precisamente, que Basil Grey se decidió a ir a conocerla personalmente... Ayudándonos de estos dos detalles, reales, auténticos, ¿por qué, después, no proseguir con la historia del modo que yo la imaginaba...?

Volvió a detenerse unos breves segundos. Volvió a proseguir:

—Pero tenía que ponerme de acuerdo con Fredric Ellis. No, no me costó convencerle, es una buena persona y ha querido colaborar. Además, como es lógico, siente y sentirá una gratitud eterna hacia Paul Malloy, el hombre que le donó sus ojos. Por cierto —resumió Jimmy Young—, Fredric Ellis ha tenido que lanzarse a la última escena, ésta, un poco antes de lo esperado, yo le he apremiado a hacerlo... En consecuencia, Fredric Ellis le ha escrito la nota, dándosela al ex boxeador para que se la entregara a usted. Sí, le he apremiado a esto... No sólo porque evidentemente peligraba su propia vida,

sino porque peligraba también la de Maureen Davis... Después de negarse a casarse con usted, sin duda tenía un nuevo nombre en la lista...

—Sí —reconoció Eggar Sanders.

—Pero ¿por qué mató a Basil Grey? Ese rico comerciante estaba al margen de todo.

—Le confundí con Fredric Ellis... Le oí silbar como solía hacer Fredric Ellis cuando era ciego... Cuando me di cuenta de que no era él, ya había hablado demasiado... Tuve que hacerlo...

—¡Deténganle! —ordenó el inspector, dirigiéndose a sus hombres.

Pero Eggar Sanders era muy ligero, muy ágil, más de lo que su apariencia pudiera hacer suponer. Lo era demasiado para que la orden llegara a tiempo de efectuarse. Se precipitó hacia la puerta de salida, la abrió, salió a la calle y echó a correr como un auténtico gamo.

Y como un auténtico gamo siguió corriendo hacia su casa. Pero no hacia su casa propiamente dicha, sino hacia la serrería, hacia esa puerta metálica que daba a la callejuela y dejó sin cerrar.

El inspector y sus dos hombres se dispusieron a perseguirle, pero temiendo que el asesino pudiera llevar un arma, optaron por no precipitarse, por tomar precauciones. De eso que demoraran la rapidez de su persecución.

Sin embargo, Jimmy Young no se detuvo en reflexiones. Sabía que Eggar Sanders podía llevar una pistola, pero tal perspectiva no le amedrentaba. Si la llevaba y la utilizaba ya sabría él esquivar las balas. El correr en zigzag era una de sus especialidades.

Así pues, se lanzó en su persecución a una velocidad tan meteórica que puede decirse que, desde el primer momento, fue pisando los talones al asesino.

Un asesino, que pese a todo, consiguió llegar a la serrería con unos segundos de antelación. Pocos, pero los precisos para, aprisa y corriendo, bajar la puerta metálica, cerrarla con llave e interceptar así el paso a su perseguidor.

Jimmy Young, al ver cortado su avance, pensó en volver sobre sus pasos, en meterse en la casa por la puerta principal de la vivienda y de allí pasar a la serrería. Un modo como otro de llegar adonde deseaba.

Pero eso iba a hacerle perder demasiado tiempo, dando ocasión, indudablemente, a que Eggar Sanders, por el ventanuco que había en la serrería, pasara a los otros tejados de las casas colindantes y de allí al descampado. En tal coyuntura, no podía dar por seguro que le atrapara.

Así que, sin vacilaciones, sacó su automática, apuntó a la cerradura de la puerta metálica y disparó dos veces consecutivas.

La cerradura saltó hecha añicos, por lo que, acto seguido, pudo alzarla sin el menor esfuerzo.

Todo esto había pasado en brevísimos instantes.

De ello que, así que tuvo alzada la puerta, pudiera ver cómo Eggar Sanders apenas había adelantado en sus pretensiones. Se había limitado a colocar una

escalera de madera bajo el ventanuco.

No iba equivocado. Pretendía escaparse por allí, sobre los tejados, sin duda para dirigirse hacia el descampado. Lugar que debía conocer bien, donde posiblemente tenía más opción a escabullirse de sus perseguidores.

—¡No voy a dejarle escapar! —exclamó Jimmy Young—. ¡Entréguese! Es lo más sensato que puede hacer.

Jimmy Young llevaba la automática en la mano, pero, tras echar una mirada a su enemigo, decidió meterla de nuevo en su funda.

—¿Y cómo va a impedírmelo? —Barbotó Eggar Sanders—. Sin la pistola...

—No me gusta jugar con demasiadas ventajas —repuso Jimmy Young—. En tal caso el juego ya no me sabe a nada.

—Lo dice —observó— porque sabe que mi mano izquierda es de aluminio y que, aun sin pistola, su ventaja sobre mi es estimable.

Se separó un poco de la escalera colocada bajo el ventanuco, dejó atrás la sierra eléctrica y avanzó hacia Jimmy Young. De pronto le descargó un puñetazo colosal en el mentón.

Jimmy Young se tambaleó, pero sin llegar a perder el equilibrio, recobrándose pronto. Lo suficientemente pronto para que de un derechazo demoledor alcanzara de pleno a Eggar Sanders. Este cayó al suelo aturdido. Aun así, sacudió la cabeza y acertó a ponerse nuevamente en pie.

Acto seguido, empezaron a pegarse de lo lindo. Pero Jimmy Young no utilizaba su mano izquierda, que por cierto era con la que pegaba más duro. Puesto que su rival carecía de ella, le correspondía de esta forma. Un acto de caballerosidad que, por descontado, Eggar Sanders no se merecía.

Aun así, Jimmy Young no quería cazarle de otra manera. Además, sabía que de un modo u otro, minuto antes o después, le daría el golpe definitivo que le dejaría tumbado inexorablemente. Estaba acostumbrado a que las piezas no se le escaparan.

Hubo un momento, no obstante, en que Eggar Sanders contó con una oportunidad. Brevísima, por descontado, pero quiso aprovecharla. Quizá fuera la única que se le presentara.

Así que aprovechó aquellos instantes para alcanzar la escalera colocada bajo el ventanuco y para ascender sus primeros peldaños.

No hubiera llegado a los últimos. Pero de alcanzarlos, Jimmy Young hubiera estado allí otra vez, sujetándole por los tobillos, y tirando hacia abajo.

Pero su destino no era ése.

Era otro.

Desgraciadamente mucho más trágico, terrorífico y espeluznante.

Al llegar a medio trecho de la escalera de madera, ésta se tambaleó y él, perdiendo el equilibrio, no pudiendo mantener la estabilidad, cayó...

Cayó al mismo tiempo que la escalera se derrumbaba e iba a dar, por una escalofriante coincidencia, sobre la palanca que accionaba la sierra eléctrica. Por lo que ésta se puso súbitamente en marcha, dejando oír, como siempre, su

estridente chirriar.

Perdido el equilibrio, Eggar Sanders vio que iba a caer sobre la sierra eléctrica, que se había puesto a funcionar a una marcha endemoniada.

Los ojos se le alocaron, se le desorbitaron. No, ya no podía evitar la caída y allí abajo estaba aquel mecanismo infernal, aquellos dientes de acero...

Para salvarse de una muerte cierta, igual que hizo años atrás alargando la mano izquierda, ahora alargó la derecha. Pero en esta ocasión no le bastó ofrecer el sacrificio de su ahora única mano. La sierra se la cortó, se la segó, pero no se conformó con eso.

El dolor que sintió fue tan espantoso, que no acertó a retroceder y volvió a caer, ya sin más, con su muñeca sangrante, sobre la sierra.

Y cayó de forma tan irreversible como siniestra y atroz, de cabeza...

Por lo que fue la cabeza de Eggar Sanders la que, instantes después, separada siniestramente de su tronco, caía rodando por el suelo e iba a parar a los pies de Jimmy Young. Y allí se quedó moviéndose, digamos botando.

Por su parte, su tronco dio otra sacudida, algo así a un pavoroso coletazo, a un monstruoso respingo, y volvió a caer sobre los inexorables dientes de acero de la sierra mecánica que, impasible, se movía de un lado para otro a una velocidad vertiginosa. Mientras parecía ahogar, con su estridente chirriar, todo el horror de lo que estaba sucediendo.

El cuerpo de Eggar Sanders fue partido por la cintura. Una mitad cayó por un lado. La otra por el otro.

Más allá, a los pies de Jimmy Young, la cabeza aún se movía. Digamos que aún botaba.

No, ya no.

Se había inmovilizado.

Los ojos de Eggar Sanders quedaron en blanco, vueltos por completo del otro lado.

CAPITULO XI

Poco después se le unían el inspector y sus dos hombres. También, poco más tarde, llegó allí Maureen.

—¡Oh, señor Young!

Viendo cómo había quedado el cuerpo de Eggar Sanders, la muchacha estuvo a punto de caer desvanecida al suelo. Pero la sujetaron los fuertes brazos de Jimmy Young, impidiéndoselo.

—Es terrible... Es terrible... —musitó ella.

—Sí, lo es —dijo el detective—. Pero quizá este trágico pero rápido final sea lo mejor que haya podido sucederle. Le esperaba la horca sin remisión.

—Salgamos de aquí, por favor.

Ya fuera, en la callejuela, el aire fresco de la noche que empezaba ya a caer sobre Macksontton, pareció reanimarla algo.

—La acompaño hasta su casa —dijo Jimmy Young—. Y ya que voy a quedarme esta noche bajo su mismo techo, procuraré distraerla, para que olvide pronto tanto horror.

—¡Eh, oiga! —Replicó Maureen—. Ya no hace falta que se quede. El asesino ha muerto. Todo ha acabado ya.

—Quedamos —repuso Jimmy Young— que pasar la noche en su casa no quería decir necesariamente que la pasara en su cama.

—Quedamos en eso, antes, cuando mi vida estaba en peligro. Ahora es diferente, pasará la noche en la posada. ¿Sabe?, yo no soy tan asequible como Anita Duffy.

—¡Ah! —se limitó a exclamar en esta ocasión, sacando la lógica conclusión de que la muchacha sabía algo de la visita femenina que tuvo días atrás.

—Ya está dicho, pasará la noche en la posada. No se hable más.

—Sí, hemos de hablar más —aclaró Jimmy Young. Y tuteándola por primera vez—: Me gustas demasiado, Maureen para que sea capaz de renunciar a ti. Y si es preciso casarse —lanzó un suspiro—, ¡pues qué le vamos a hacer!

FIN